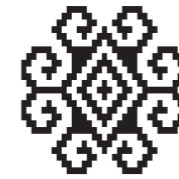




HEREDERAS DE LLALLIÑ

RELATOS DE
17 ARTESANAS MAPUCHE

**HEREDERAS
DE LLALLIÑ**



**RELATOS DE
17 ARTESANAS
MAPUCHE**



FUNDACIÓN
ARTESANÍAS DE CHILE

Herederas de Llalliñ:

Relatos de 17 artesanas mapuche

© Fundación Artesanías de Chile, 2019

Noviembre de 2019

ISBN

ENTREVISTAS Y TEXTOS: Ximena Torres Cautivo

EDICIÓN: Ximena Torres Cautivo

FOTOGRAFÍAS: Sergio Piña

DISEÑO: Carolina Akel

DIRECCIÓN EDITORIAL: Claudia Hurtado

DIRECCIÓN DEL PROYECTO: Pilar Ruz

Trariwe de portada: Claudia Silva Canuqueo

*Las fotografías de este libro cuentan
con la autorización de las personas retratadas.*

Primera edición: 1.000 ejemplares.

Prohibida su venta.

Impreso en Chile

HEREDERAS DE LLALLIÑ




**RELATOS DE
17 ARTESANAS
MAPUCHE**

Este libro es la suma de muchos entusiasmos y voluntades. Primero quiero agradecer a Jorge Retamal, ex director de CONADI, que creyó en esta alianza y apostó por este proyecto que pone en valor la riqueza cultural y humana de los pueblos indígenas. También a su sucesor, Ignacio Malig, porque con la misma confianza hemos seguido unidos en este camino. Y lo más importante para todos nosotros: nuestro agradecimiento a las protagonistas de estas páginas que han urdido con sus palabras sus conmovedoras historias de vida.

De diferente manera, tanto en las manos de las artesanas como en las nuestras, recae la responsabilidad del futuro de la tradición textil mapuche, por eso es tan importante que la conozcamos, valoremos y –por qué no decirlo– la adquiramos, pagando su tremendo valor de manera justa, y la promovamos para que no nos quedemos sin artesanos de verdad,

CLAUDIA HURTADO,
directora ejecutiva de Artesanías de Chile

" **L L A L L I Ñ** , LA ARAÑA ,
CUIDA DE LAS
D Ü W E K A F E , TEJEDORAS
EXPERTAS , LES ENSEÑA
E INSPIRA Y LAS
PROTEGE DE LOS
W E K U F E , LAS FUERZAS
NEGATIVAS , QUE
 INTENTAN QUE SE
EQUIVOQUEN AL
REALIZAR SUS
DISEÑOS " .

*Cita tomada del libro "El lenguaje de los Dioses",
editado por María Llamazares y Carlos Martínez Sarasola.*



PRÓLOGO **16**

INTRODUCCIÓN **20**

PARTE 1 **30**

**PADRE LAS CASAS
Y LA MANTA CON ÑIMIN**

Luisa: el padre, los hijos y el espíritu santo 36

Norma: de arañas y de pájaros 44

Aurora y su canto 52

Marta y una bufanda apretadita 60

Claudia: las cuentas de las amigas 66

Anita: una culpa y muchos desafíos 72

Ángela y su trariwe revuelto 80

Audolina y los logros de su nuera 88

Beatriz y su mamá-suegra 94

La otra Audolina 100

PARTE 2 **106**

**LA MANTA CACIQUE
Y LOS TRARIWE DE
CHOLCHOL**

Adela, el mal amor 112

El arcoíris de Eliana 118

Ángela y su hijo machi 126

Juanita, puro futuro 132

Marcela: pasado, presente y futuro 138

Jacqueline, su pelo en una manta 144

Magaly, esperando a Ayelen 150

COLECCIÓN MNHN

(Museo Nacional de Historia Natural)

156



PRÓLOGO



“Las manos tienen memoria”, fue una de las primeras frases que escuché en una actividad educacional de la Fundación Artesanías de Chile y cada vez que la recuerdo me hace pensar en las miles de textileras indígenas que a lo largo del país crean y recrean los diseños y las técnicas ancestrales que heredaron de sus antepasados.

Muchas veces se dice que los pueblos indígenas no tenían escritura, por lo que no tenemos conocimiento de su lengua y de su historia. Efectivamente, desde el punto de vista occidental, no escribieron con tinta y papel. Sin embargo, la trarikan makuñ de un lonko mapuche dice mucho de su territorio, de su linaje y de sus alianzas territoriales. El trariwe de una jovencita nos habla sobre su lof, sus familiares y la pureza de su corazón.

A través de las páginas de este libro les invitamos a conocer la memoria que guardan los hilos de las textileras mapuche de La Araucanía. Se trata de mujeres contemporáneas, quienes, además de conservar su lengua y su cultura, han sido jefas de hogar, han financiado las carreras universitarias de sus hijos y han criado nietos.

En un hecho inédito en la historia de Chile, las mujeres que aparecen en este libro –provenientes de Padre Las Casas y de Cholchol– tuvieron un contacto directo con piezas textiles de museo pertenecientes a su cultura. Pudieron tocarlas, fotografiarlas y trabajar en réplicas y diseños inspirados por los hilos que tejieron sus antepasados hace 200 años, con un excelente resultado patrimonial, porque “las manos tienen memoria”.

Varias de las entrevistadas son las últimas de sus familias en guardar el conocimiento del ñimin, el diseño textil mapuche, y muchas manifestaron el temor de que este conocimiento se pierda, pues sus hijas o nietas ya no siguen la tradición.

Como Corporación Nacional de Desarrollo Indígena, CONADI, la Ley 19.253 nos mandata a difundir y preservar las culturas de los pueblos indígenas presentes en Chile, y gracias a nuestra alianza con la Fundación Artesanías de Chile, presidida por su directora ejecutiva, Claudia Hurtado, lo estamos logrando de la mejor manera: a través de publicaciones y exposiciones de primer nivel, llegando a las escuelas rurales de La Araucanía y a las galerías de arte de la capital.

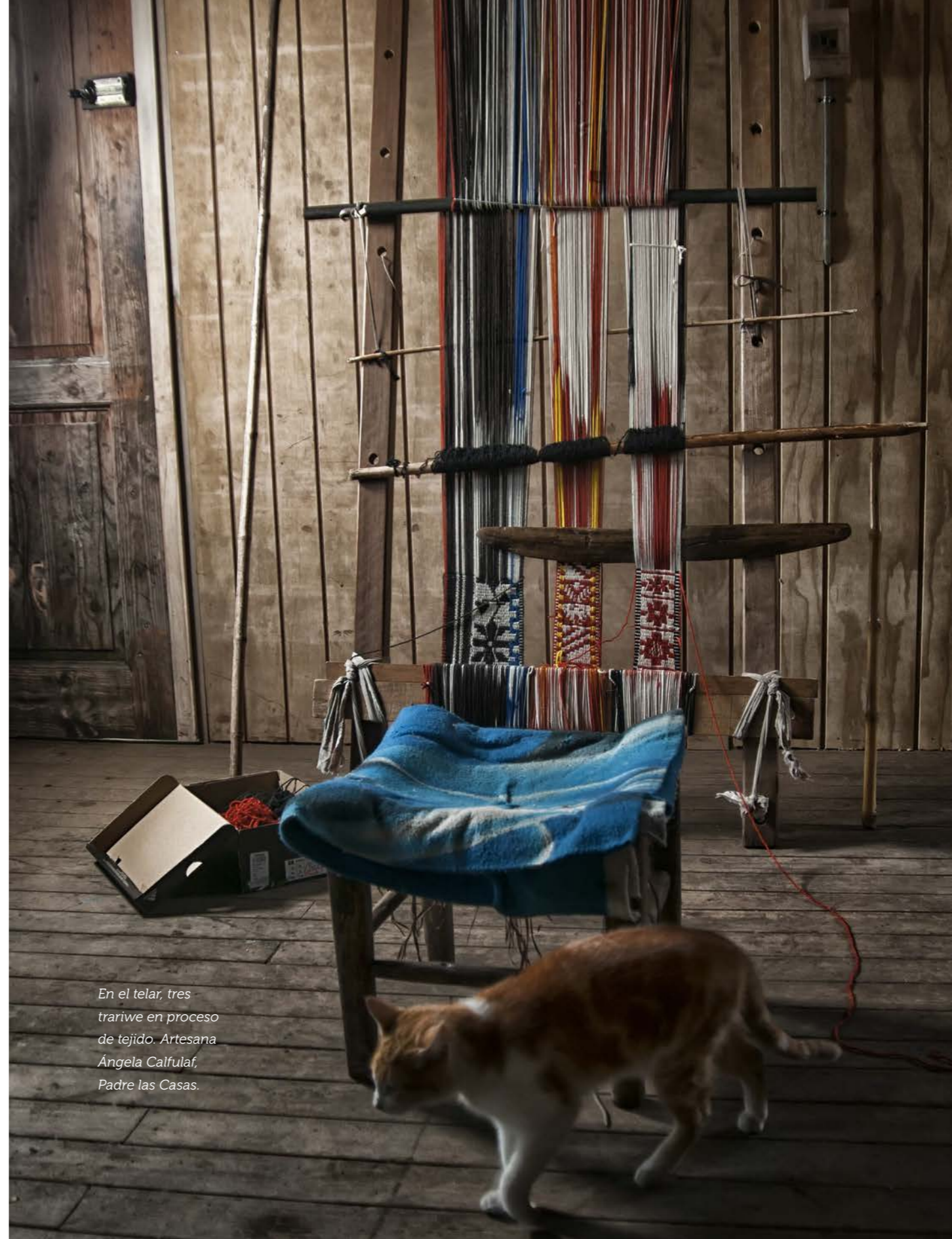


“LES INVITO A PREDISPONER SU CUERPO Y SU MENTE PARA ADENTRARSE EN LOS RELATOS DE ESTAS MUJERES ADMIRABLES”.

El programa de gobierno del presidente Sebastián Piñera apunta a un desarrollo productivo con identidad cultural. Y eso es justamente lo que vemos reflejado en las historias de este libro. Mujeres que gracias a su preocupación por preservar estas técnicas ancestrales han logrado dar sustento a sus familias y mostrar su arte en diferentes lugares del mundo.

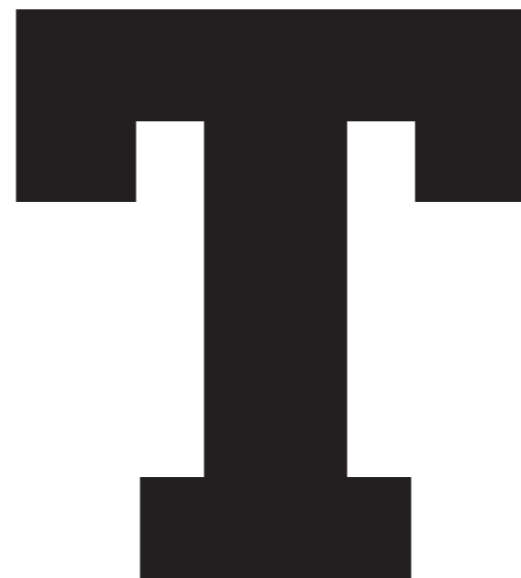
Como aconseja la ñaña Luisa Sandoval, “para tejer tienes que estar aquí, con tu cuerpo y con tu mente”. Por eso les invito a predisponer su cuerpo y su mente para adentrarse en los relatos de estas mujeres admirables, sus alegrías y sus tristezas, sus técnicas textiles, sus logros y reconocimientos, ayudándonos a difundir y preservar esta maravillosa riqueza cultural.

IGNACIO MALIG MEZA,
director nacional
CONADI



*En el telar, tres
trariwe en proceso
de tejido. Artesana
Ángela Calfulaf,
Padre las Casas.*

INTRODUCCIÓN



Tejer no es una mera técnica artesanal, compleja y laboriosa; es un lenguaje, una forma de comunicación milenaria, que recoge en sus diseños toda la cosmogonía de un pueblo. En este caso y sin ánimo metafórico, podríamos decir que las mantas masculinas y los trariwe o fajas femeninas son los libros de la cultura mapuche.

Libros escritos en un lenguaje que hoy son pocos los que saben "escribir". Pocas, habría que decir, para ser precisas, porque las que dominan

la técnica textil mapuche son mayoritariamente mujeres. Son ellas, las dükewafe o tejedoras expertas, las capaces de reproducir con habilidad las figuras, la iconografía ancestral de su pueblo, pero el significado de lo que tejen es el que se está escapando con el tiempo y la modernidad.

También corre el riesgo de perderse la habilidad para esquilar, lavar, escarmenar, hilar, teñir, amarrar, tejer en el witrál o telar mapuche, o corromperse, en el afán de simplificar pasos, ahorrar, vender o innovar por innovar.

Artesanías de Chile busca proteger y realzar el valor de estas creaciones ancestrales, cuyo oficio ha sido transmitido de generación en generación, de abuelas y madres a sus nietas e hijas, tal como comprobarán en la lectura de estos relatos. La textilería mapuche es una importante manifestación de nuestra identidad cultural y parte esencial de nuestro patrimonio; y no puede ni degradarse ni menos perderse. Es más, lo que buscamos es rescatar las maneras y formas originales de tejer, acercándonos a los orígenes.

Como hace notar Claudia Hurtado, directora de nuestra fundación, "somos un país privilegiado, porque contamos con artesanos virtuosos que han heredado de sus antepasados la sabiduría de sus oficios. Pero si no cuidamos esa herencia, no durará para siempre. De ahí que la misión de Artesanías de Chile sea tan importante, ya que no solo debemos ser custodios de un patrimonio de inconmensurable valor, sino que también alentar y dar vida a las esperanzas de miles de artesanos. No es fácil la tarea, en Chile todavía existe un gran desconocimiento y poca valoración de la artesanía y de sus cultores".



*La artesana
Claudia Silva
Canaqueo
registrando una
manta centenaria.*



EL PROYECTO "LAS HEREDERAS DE LLALLIÑ" BUSCA RESCATAR Y REPRODUCIR ANTIGUAS PIEZAS TEXTILES QUE FORMAN PARTE DEL LENGUAJE Y LA TRADICIÓN DEL PUEBLO MAPUCHE.

Es en este contexto que, en 2017, Artesanías de Chile estableció un convenio con la Corporación Nacional de Desarrollo Indígena (CONADI), con el objetivo de salvaguardar y fomentar la artesanía de los pueblos originarios. Este acuerdo se funda en 4 pilares: campañas de identidad, capacitaciones, escuelas de oficios y rescate patrimonial.

El libro "Las herederas de Llalliñ" se inscribe en este cuarto pilar, ya que busca rescatar y reproducir antiguas piezas textiles que forman parte del lenguaje y la tradición del pueblo mapuche.

"Considerando que nuestra fundación tiene un estrecho vínculo con tejedoras de Padre Las Casas y de Cholchol y haciéndonos cargo del sueño de ellas de unir la hebra de sus ancestros con la de su generación, les propusimos vitalizar la tradición de sus mantas y trariwe. El proyecto nos condujo a una valiosa colección de más de 200 piezas textiles perteneciente al Museo Nacional de Historia Natural de la Quinta Normal que inspiró a 17 artesanas, las que viajaron desde La Araucanía,





vieron, tocaron y leyeron las historias tejidas por sus antecesoras”, explica Claudia Hurtado, entusiasmada con la iniciativa y orgullosa con la colección patrimonial resultante.

Conocido por sus esqueletos y colecciones de fósiles e insectos, el Museo Nacional de Historia Natural esconde en su cuarto piso un tesoro maravilloso, que se ha exhibido en varias oportunidades y está a cargo de un cancerbero experto que se encuentra a punto de jubilar, pero que no pierde el entusiasmo por estas “joyas de lana”.

En mayo de este 2019, el antropólogo Miguel Ángel Azócar fue el encargado de mostrar las piezas bajo su custodia a 17 artesanas expertas de las comunas de Padre Las Casas y de Cholchol, que viajaron desde Temuco, para elegir una o más de una para reproducirlas luego en sus talleres e iniciar una colección de arte textil patrimonial para Artesanías de Chile. Armadas de sus celulares y con un respeto y una emoción evidentes, eligieron y fotografiaron las que cada una haría. Durante dos jornadas, las acompañó la diseñadora Alejandra Bobadilla, experta en textilería mapuche, para ayudarlas en la elección y elaboración de la ficha técnica de la manta o el trariwe elegido.

Ese momento fue especial, importante, hace notar Miguel Ángel Azócar, quien también estuvo presente. “Ellas se encontraron con trabajos textiles de comienzos del siglo XIX, como una sobrecincha con motivos antropomorfos, combinada con cuero, por ejemplo, que es la pieza más antigua de la colección. Se trata de



EL MUSEO NACIONAL DE HISTORIA NATURAL ESCONDE UN TESORO MARAVILLOSO, A CARGO DE UN CANCERBERO EXPERTO Y FANÁTICO DE ESTAS “JOYAS DE LANA”.

un apero equino, muy raro, muy original, porque combina tejido y trabajo en cuero. Lo donó Francisco Echaurren, en 1869”, detalla.

El experto llegó a trabajar al tradicional y terremoteado edificio neoclásico de la Quinta Normal en 1972 y aquí se formó. Por eso, sabe tanto del Museo como del origen de esta colección que recoge piezas de las regiones de La Araucanía y de Los Ríos, fundamentalmente. “La integran donaciones importantes y compras en distintos momentos. La primera donación la hizo Leotardo Matus, quien fue profesor de educación física del Liceo Barros Arana y antropólogo. Matus fue un estudioso de los ejercicios y deportes mapuche, como el palín y el lekaitun”.

Este conocimiento de la vida y las costumbres mapuche que adquirió en terreno lo convirtieron en director ad honorem de la Sección de Antropología del Museo Nacional de Historia Natural, entre 1915 y 1926, periodo al final del cual hizo la donación de piezas textiles mapuche que había reunido durante años.

“Otra parte de la colección perteneció y fue comprada en 1936 a la señora María Montañez, que era dueña de una casa de comercio. Se le hizo una compra para la sala araucana que se montó

entonces. Ella había recopilado esos tejidos por una natural vocación antropológica, por gusto”, relata Azócar. Ha habido otras compras posteriores hasta llegar a reunir más de dos centenares de valiosas piezas.

“Algunas de ellas impresionan por la fineza del tejido y lo elaborado del diseño. Hay que pensar que estas señoras dibujaban en sus cabezas lo que tejían, sin molde, sin patrón, y lo hacían con una simetría perfecta. Las artesanas que nos visitaron estaban impresionadas de conocer la perfección que conseguían sus ancestros. Son personas que tienen expertise y reconocían la calidad de lo que estaban viendo. Hablaban de la delicadeza de los tejidos y de la variedad de los colores. Fue emocionante el trato que dieron a los tejidos, el respeto, la admiración. Es muy importante que las artesanas puedan acceder a este patrimonio, porque son ellas quienes más y mejor pueden comprenderlo”.

Miguel Ángel está al tanto de que parte de este arte se está perdiendo, de ahí la relevancia de esta iniciativa. “Es crucial que esto se siga haciendo, traspasando el conocimiento para que no se pierda la identidad de lo antiguo. Hoy el huinca conoce la manta ñimin, la con diseños verticales, que suele ser negra con blanco. En esta colección hay una magnífica, la 11.460”, dice, preciso y conocedor de las joyas que ha debido cautelar, así como su nomenclatura de registro interna, porque este antropólogo que está, como dijimos, ad



“ESTAS SEÑORAS DIBUJABAN EN SUS CABEZAS LO QUE TEJÍAN, SIN MOLDE, SIN PATRÓN, Y LO HACÍAN CON UNA SIMETRÍA PERFECTA”, DICE EL ANTROPÓLOGO MIGUEL ÁNGEL AZÓCAR.

portas de la jubilación, es un genuino admirador de la cultura mapuche. De ese amor, no se jubila.

Afirma: “Yo empaticé siempre con la cosa indígena, desde que partí trabajando. No me interesa la arqueología, sino la antropología, que te permite mirar a los ojos a los pueblos vivos. Eso te entrega otra mirada de la historia de Chile. Te sirve para valorizar lo propio, para apreciar cómo con recursos tan limitados, en medio de una geografía extrema, hubo desarrollos notables de una riqueza y un pensamiento increíbles. La mapuche es una cultura oral. Si los primeros cronistas hubieran podido hacer un registro de esa oralidad, quizás qué historias habrían recogido, por eso entender lo que cuenta la textilera mapuche es tan crucial”.

Son estos mensajes en lana los que no podemos dejar de leer.



Las artesanas de Cholchol y Padre Las Casas en el frontis del MNHN.

1
PARTE

PADRE
LAS Y LA MANTA
CON ÑIMIN
CASAS



Las artesanas en una sesión de teñido.



Separada de Temuco por el río Cautín, la comuna de Padre Las Casas se ubica al sur de la capital de la región de La Araucanía y hoy en la práctica es parte de la populosa ciudad, con un tránsito incesante de todo tipo de vehículos. Pero a comienzos del siglo XIX, los vecinos de ambas riberas iban y venían de una orilla a la otra en balsas construidas sobre bases de troncos ahuecados.

Llamada inicialmente Villa Alegre, a partir de su fundación, en 1899, la comuna es bautizada con el nombre del fraile dominico español Bartolomé de las Casas, que si bien nunca conoció este remoto rincón de América, fue pionero en reconocer la dignidad y los derechos de los indígenas de Cuba, Venezuela, Guatemala y México, durante la etapa de La Conquista. Nada más *ad hoc* para bautizar un lugar en La Araucanía.

Diez de las artesanas que participan de este proyecto son en su mayoría nacidas y criadas en Padre Las Casas y viven en la comuna. Algunas de ellas son parte de nuestra red de artesanas y casi todas integran distintas organizaciones de tejedoras. Todas son especialistas en el tejido de la manta cacique con ñimin, ñimin makuñ, que es el

tipo de pieza que reprodujeron para este proyecto.

La antropóloga Angélica Wilson define la manta con ñimin o laboreada como el tejido de doble faz que lleva columnas de representación verticales con motivos que se repiten sobre un fondo de color. “En estas columnas o franjas se ubican los diseños-dibujos-portadores de un mensaje o dungu, que señala ciertas características o condición del portador de la manta, como aspectos socioeconómicos, procedencia, etcétera”, escribe en un texto académico. Y agrega: “Un segundo nivel de significación contenido en las mantas se refiere al color de fondo de una manta, el negro denotaría la importancia y prestigio de su portador y el rojo representa la fuerza y poder del hombre que lleva la prenda. Un tercer nivel de significación está referido a la identidad étnica, la manta y el trarilonko –en el caso de los hombres– se constituyen en símbolos emblemáticos de pertenencia a una cultura: la mapuche. Es importante consignar que las mantas fueron un elemento de intercambio y comercio altamente valorado dentro de la sociedad mapuche”.

Otra prenda, en apariencia menos espectacular por su tamaño más reducido, pero verdaderamente significativa por su contenido, es el trariwe o cinturón femenino. En él hay a veces más historia que en varias mantas cacique juntas, donde la iconografía es más repetitiva. Como en otras sociedades arcaicas el “hacer” implica no solo un conocimiento técnico sino también mágico y en la razón de ser del trariwe –“sujetar tu fertilidad, la esencia de lo femenino”, como nos dijo una maestra artesana– hay mucho de esa magia de las mujeres araña.

Sobre cómo, desde cuándo, por qué tejen estas mantas, las düwekafe de Padre Las Casas nos dan sus testimonios. Y también, cuando viene al caso, hablan de los mensajes ocultos en sus trariwe.

A woman wearing a green sweater and a patterned headscarf is seated on a wooden chair, working on a large wooden loom. The loom is filled with threads of red and white, creating a complex woven pattern. The room is dimly lit, with light coming from the side, highlighting the texture of the threads and the woman's concentration.

LU

EL PADRE,

I

LOS HIJOS Y EL

SA

ESPÍRITU SANTO

L

a niebla se ha instalado como un chal sobre las rodillas del cerro Conun Huenu, el más alto de la comuna de Padre Las Casas, en la provincia de Cautín, Región de La Araucanía. No vemos más allá de nuestras narices, lo que es coherente con que se trata de un sitio misterioso, sagrado desde tiempos inmemoriales. De la entrada a “donde se esconden el Sol y el Cielo”, que es lo que significa Conun Huenu en mapudungun.

En Conun Huenu vive Luisa Sandoval Parra (56), junto a su papá anciano y medio ciego, y a sus dos hijos, Ambrosio y Humberto, ambos contadores auditores, a los que, nos dice, “crié con mi cabeza, mi mano, mi tejido”. El menor la hizo abuela de Carolina, una pequeña a la que sueña con heredarle sus conocimientos. Artesana desde niña –ya vendía sus trabajos a los 12 años–, hoy está afanada tejiendo la manta con ñimin que eligió cuando la invitaron a ser parte de este proyecto patrimonial. Ñimin es un símbolo clásico de los pueblos

indígenas de las culturas prehispánicas andinas. Representa la eternidad y algunos se refieren a él como “la cruz andina”. Es un ícono que usa el lonko o jefe de una comunidad y que ahora vemos cómo va creciendo en el witrál de Luisa.

Es lento ese crecimiento. “Voy a razón de 8 centímetros cada 5 horas por día”, dice precisa, aunque las expertas observan que el resultado “tiene algunos gusanos”, refiriéndose a ciertas imperfecciones, a algunos abultamientos en la lana. Ella sostiene que con un palito los arregla y no se inmuta. No es una mujer que se deje amilanar por las dificultades.

Cuando su hijo menor tenía apenas 6 meses, quedó viuda, “aunque nunca me casé legal, mi marido pagó dote y hubo bailoteo. A estas alturas ya no lo echo de menos”.

Saber tejer, conocimiento que le traspasaron dos Fresias –su mamá Fresia Parra Llanquitruf y su tía Fresia Sandoval Manquiel–, la salvó de la pobreza y le dio autonomía. “Tejer no es llegar y hacer. Tengo todo guardado en el disco duro de la cabeza, porque aquí no hay nada que se anote. Todo es de memoria”, explica, orgullosa. “Ahora medimos con cinta, antes lo hacíamos a puro coligüe y usábamos el jeme como referencia”, detalla, haciendo recuerdos y va en busca de su primer trabajo, el que aún conserva y se usa en la casa como protección de un sofá. Es “una lama para sentarse”, una alfombra de tamaño mediano, muy desgastada por el tiempo, pero con una linda y original combinación de colores pastel. “La hice después de dejar el colegio en cuarto básico. Como la mayor de seis hermanos me llevaba toda la carga de la casa y, además, tejía. Esquilaba, lavaba, hilaba, torcía, teñía y, finalmente, tejía. El tejido me daba







“ELEGÍ LA MANTA QUE ESTOY TEJIENDO POR EL DISEÑO Y EL ATRACTIVO COLORIDO; SE VE QUE ERA UNA MANTA PARA UN JOVEN CON BUENA ENERGÍA”, DICE LUISA.

plata”. Y experiencia y mucho mundo.

Luisa es simpática, inteligente y hoy preside la cooperativa Witraltu Mapu. Hace más de una década trabajó amistad con la diseñadora experta en textilería mapuche Alejandra Bobadilla, que ahora hace la supervisión de los trabajos encargados por Artesanías de Chile para este proyecto y con quien se ha embarcado en distintas iniciativas de rescate textil mapuche. También fue reclutada por la onegé World Vision, que apoya emprendimientos en comunidades indígenas, para dar a conocer y vender su trabajo. “El año 2008 sacamos facturas y mandamos productos a Shangai, China. He ido a Cochabamba, en Bolivia, que es como Temuco, pero late más fuerte el corazón por la altura, y a Argentina. A China no fui,

pero me imagino que está lleno de chinitos”.

Ahora estuvo en Santiago y se maravilló con las cerca de 80 de las 200 mantas antiguas que revisaron en el Museo Nacional de Historia Natural. “Finalmente elegí la que estoy tejiendo por el diseño y por el atractivo colorido; se ve que era manta para un joven con buena energía”.

Esteban, su padre, un anciano alegre y encantador, ha escuchado la conversación, asintiendo con evidente orgullo cuando Luisa habla de sus logros. Ve poco, porque tiene un ojo apagado, pero celebra y complementa los dichos de su hija.

—¿Qué le sucedió?

—Se clavó la punta de una rama de murra cuando andaba a la siga de los animales y no quiso ir a la posta. Al final, se le infectó esa puntita dentro del ojo y le quedó así—, explica ella sin fatalidad ni lamento, revelando de nuevo su condición de líder, de matriarca de este trío masculino.



*A la derecha,
manta tejida
por Luisa
Sandoval.*

N
DE ARAÑAS
OR
Y DE PÁJAROS
MA





H

ablar del llalliñ la lleva a la infancia, a los tiempos en que su abuela Francisca la hacía agarrar las telarañas que con la luz del amanecer y cargadas de rocío parecían de plata entre medio de los árboles. “La abuela nos decía que las tomáramos y nos sobáramos las manos con ellas, que reventáramos las arañas, para sacarles su talento como tejedoras y quedarnos con ese don entre los dedos”, recuerda Norma Calvulaf Córdova (45), madre de tres hijos, dos hombres, de 25 y 23, y una mujer, de 15.

—¿No te daba susto o nervios?

—No, qué nervios, ni susto, ni nada. Yo era chiquitita. A los 7 años, ya sabía hilar, aunque sacaba un hilo grueso, tosco. En ese tiempo siempre andábamos en el campo con mis hermanos, cuidando los chanchos y sabíamos que cuando encontráramos un nido vacío de pájaros había que traerlo corriendo a la casa, donde mi mamá lo quemaba y con sus cenizas me pintaba las manos. Los pájaros también tienen talento tejedor, es cosa de ver cómo construyen sus nidos. Mi mamá hacía eso porque quería que yo fuera como ella, una buena tejedora.

Ciertamente, lo consiguió. “Ella ya no teje. Está con problemas a la vista, pero fue quien me enseñó. Ella y mi abuela”. Afirmo que ella no inició a su hija en el llalliñ, porque “a ella sí que le daba susto y asco reventar las arañas”, se ríe. “A mis hijos yo les hablo siempre de lo distinta que les ha tocado la vida. A mis hermanos y a mí nunca nos vino a buscar un furgón para llevarnos a la escuela, como a ellos, que no caminan nada. Nosotros subíamos el cerro, resbalándonos. Mi hermano mayor me hacía correr, volar y, cuando sentíamos el sonido de la campana de la escuela, corríamos como desaforados. ¡Cuántas veces llegué con las rodillas sangrantes al colegio después de los costalazos y las carreras! Todo era mucho más sacrificado entonces”.

Norma y su familia —su marido, sus hijos, su nuera, sus nietos Catalina y Matías— viven en Padre Las Casas, a la sombra del cerro Conun Huenu, igual que su vecina y amiga Luisa Sandoval Parra. Ahora misma se han puesto de acuerdo para ir a entregar formalmente las mantas con ñimin que escogieron tejer en Santiago para esta colección patrimonial. Es un acto sencillo, pero significativo, en la Intendencia Regional de La Araucanía; pero lo más importante es que se juntarán las 10 tejedoras de Padre Las Casas y podrán conocer sus trabajos antes de mandarlos a Santiago, donde serán parte de una exposición. Parientas, amigas, colegas, artesanas expertas todas, no habrá evaluación más exigente de lo tejido que ésta.



Trariwe tejido por Norma Calvulaf.





“LA ABUELA NOS DECÍA QUE REVENTÁRAMOS LAS ARAÑAS CON LAS MANOS PARA SACARLES SU TALENTO COMO TEJEDORAS Y QUEDARNOS CON ESE DON ENTRE LOS DEDOS”, RECUERDA NORMA.

Norma se siente tranquila. Dice que ha llegado a un buen nivel de conocimiento. “Mi trabajo es bueno, siempre me lo han alabado. Yo tejo manta con ñimin. Están acostumbradas mis manos y mi cabeza a hacerlo. Me sale solo el diseño. Hay señoras que deben pagar para que les enseñen. Yo tengo todo clarito en mi mente”.

A propósito de estudios, cuenta que llegó solo hasta séptimo básico en la escuela. “Como soy la mayor de las mujeres entre 9 hermanos, tuve que dejar los estudios para ayudar en la casa. Como dije, aprendí primero a hilar y luego a tejer, con la guía de mi mamá, que hacía la manta con ñimin o laboreada, como también la llaman. Entonces se pagaba muy mal, mucho peor que ahora. Ha

cambiado mucho el trabajo de la artesana. Se ha facilitado. Ahora compramos la lana. Antes esquilábamos la oveja, sacábamos la lana, la lavábamos, la hilábamos y torcíamos, la teñíamos... Mi mamá incluso teñía la lana con hojas de maqui, de boldo, de todo tipo de productos naturales. Acá nos vinieron a enseñar cómo hacerlo, para recuperar ese saber”.

Norma se siente orgullosa de ser mapuche, por eso atesora su atuendo tradicional y sus joyas, aunque hoy no los lleva puestos. “Nosotros tenemos que tener esos elementos para participar del guillatun. Yo no los uso todos los días, pero mi mamá sí, ella anda siempre con chamal. Yo hablo de corrido nuestra lengua y hasta canto en el guillatun cuando se baila el choique purrum”.

—¿Y cantas cuando tejes?

—Mi mami lo hacía al tejer, yo no. Solo lo hago en el guillatun —dice, soltando una alegre carcajada que la define.

*A la derecha,
manta tejida
por Norma
Calvulaf.*



A woman with dark hair, wearing a dark blue jacket and floral patterned pants, is smiling broadly while working on a large wooden loom. The loom is filled with threads, and a partially completed woven fabric with a black and white geometric pattern is visible. The workshop is made of wood, with a window in the background showing a forest. Various tools and materials are scattered around the room.

AU
RO

Y SU CANTO

RA

Sentada en un neumático montado sobre 4 ruedas, con un cojín en el centro y orlado de grecas blancas, Aurora Huenchuñir Millaqueo (54), casada, tres hijas, se desplaza por su temperado taller. El asiento móvil es un ingenio que ideó Jorge, el marido de su hija menor, y se lo trajo de regalo hace un tiempo. "Es muy habiloso, mi yerno. Tiene arte", cuenta, orgullosa. Y agrega: "Es complicada la posición en que se trabaja el tejido. Antes me daba lumbago todo el tiempo, y dolor de hombros, pero esta sillita con ruedas ha sido una bendición. Me facilita mucho el trabajo".

Aurora es dueña de un espacioso y acogedor taller, de piso brillante, ubicado a un costado de su casa, donde teje y teje a sus anchas. Lo construyó a su pinta, con el fruto de su trabajo artesanal. Hace varios años que tiene "el nido vacío". Vacío de hijos humanos –sus hijas ya tienen sus propias familias–, pero lleno de toda suerte de hijos

adoptados. Sobre la salamandra que mantiene el ambiente calentito, hay una mamadera llena. Suponemos que será de algún nieto, pero, de repente, cuando se escuchan el alboroto y los balidos de un piño de ovejas que llega desde el campo guiado por su marido, ella se para, corre y se asoma, mamadera en mano. Ahí descubrimos que su niño es un cordero oscuro de dos meses. "Al pobrecito su mamá no lo langüeteó, no le hizo la impronta, como a su hermano mellizo. Quedó aislado, sin alimento ni cariño". Así es que ella se hizo cargo, y él se ha dejado querer. Aunque no le ha puesto nombre, lo llama "mi niño", "mi guagua de cuatro patas" y lo tiene gordito y regalón.

Esa calidez eficiente es el sello de esta eximia tejedora, que accede a traducirnos al mapudungun los diálogos que tiene con la lana. Varias de sus colegas artesanas, nos habían comentado que cantan cuando tejen, pero ninguna quiso hacerlo frente a nosotros. Es un canto que no está escrito en ninguna parte, pero que surge cuando logran conectarse profundo con "la escritura en lana", que es como entienden ellas su quehacer. Es una suerte de trance que las vincula con ellas mismas, con sus problemas cotidianos, pero al mismo tiempo con esta técnica ancestral que ha pasado de generación en generación.

"Le digo: 'Pórtate bien, mi lanita. No te enredes, no me friegues, tejamos juntas y avancemos'. Hablo con ella, le digo lo que estoy sintiendo".

*A la derecha,
dos trariwe
tejidos por
Aurora
Huenchuñir.*







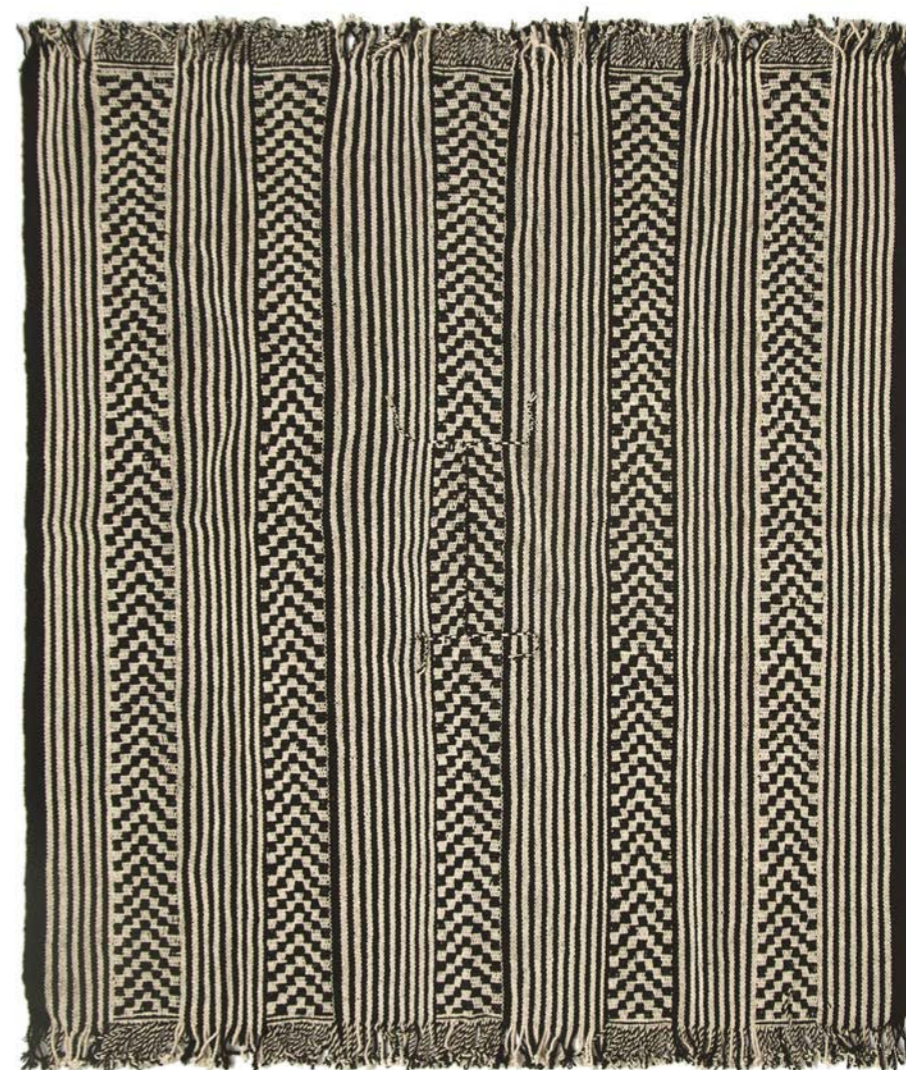
“PÓRTATE BIEN, MI LANITA. NO TE ENREDES, NO ME FRIEGUES, TEJAMOS JUNTAS Y AVANCEMOS”. ASÍ LE CANTA AURORA A SU TEJIDO.

—¿Me puedes decir esa frase en mapudungun?

Llana, simpática, lo hace: “küme azkunünge fugü. Gachülkaukinge llazkülkaleli. Trür k” me gürekaiayu amuleayu”. Y el sonido de su voz nos conecta con tejedoras de palabras antiguas, como las autoras de las mantas y los trariwe que inspiran su trabajo actual. “Yo nací tejiendo, mirando tejer a mi abuela, que era seca. Carmela Colín, se llamaba y sabía hacer todo y todo le quedaba maravilloso. Lamento no haber aprendido más de ella, que sabía tejer la manta amarrada que hacen en Cholchol. Ahí tengo una yayita, porque debí aprovechar su técnica, su conocimiento. Uno ve los trabajos antiguos y uno sabe que podrá hacer algo parecido, pero nunca logrará lo que hacían las antepasadas. Lo antiguo es mucho mejor; el hilado es más fino. Eso tiene que ver con el grosor de la lana, que hilaban ellas mismas, con otro tiempo, con otra calma. Con ese nivel de finura que conseguían, es el doble, el triple, de trabajo, por eso ya no se hacen esas finezas”.

Aurora cuenta que todas sus hermanas tejen y se ganan la vida con la artesanía, pero ella es la única que participa de organizaciones de artesanas. Dice que “entre estar y no estar, es mejor estar”. Ella misma inició un grupo en su sector, Collahue. Formó parte de la directiva y así ha participado de ferias, cursos y todo tipo de iniciativas.

Aunque solo llegó hasta quinto básico, es una mujer ansiosa por aprender. “Me gustaría saber leer las mantas, pero he tenido pocas posibilidades de averiguar los significados de las figuras. Sé teñir, hilar, tejer, pero me falta esa parte”. Eso, sin embargo, no le impide interpretar con certeza qué tipo de persona debería usar la manta con ñimin que ahora está tejiendo. Sentencia: “Esta es para un hombre de respeto, con mucha creencia en su cultura. El negro da cuenta de alguien que pisa la tierra con firmeza. Es para un hombre de honor”.



*A la derecha,
manta tejida
por Aurora
Huenchuñir.*

MA

UNA BUFANDA

R

APRETADITA

TA



Tengo 48 años y tejo desde los 14. Me enseñó una hermana de mi papá, la tía Margarita Canio. Ella tejía muy bien, pero le pagaban muy mal. Ofrecía sus trabajos en el terminal de buses; mantas y bolsas.

Yo sabía hacer el tejido normal; ella me abrió el mundo del diseño, de las figuras y luego he ido aprendiendo sola, copiando”, cuenta Marta Canio Quidel.

Vive en el sector de Itineto, en una casa con jardín primoroso y decenas de gallinas kollonkas, las típicas mapuche, que ponen huevos azules y no tienen cola. Hay gatos, ovejas y un niño pequeño. Es su nieto al que hoy se lo dejaron encargado. Marta tiene tres hijos, de 23, 18 y 13 años. Es suave, delicada y cariñosa, pero a la hora de tejer en su telar es vigorosa y golpea fuerte y metódicamente la lana con el ñirihue. “Es de madera de pellín y lo tengo desde los 18 años. Me lo regalaron mis papás al ver que yo era tan tejedora. Fue como un reconocimiento. En esos años, todas las niñas tenían que aprender a tejer; el colegio, en cambio, no era tan importante como ahora. Yo llegué solo hasta octavo básico en la escuela del sector de Niágara, de donde es mi familia. Luego me casé y nos instalamos acá, donde mi marido desde que lo conocí se dedica a la producción de frambuesas; ahora mismo anda en el campo, en lo suyo”, nos cuenta, sentada junto a la estufa.





Su marido, dice, es colaborador con su trabajo y siempre la ayuda a torcer la lana, y a torcer los flecos, a la hora de las terminaciones. "Es bueno en eso". Ella dice que pulió su estilo y aprendió más a partir de los encargos del comerciante argentino del que varias otras artesanas nos hablan. "Ese caballero vende como antigüedades lo que varias de nosotras tejemos. Nos trae una foto y nos pide piezas muy precisas. Haciendo esos trabajos, he aprendido mucho del tejido de las mantas".

Cuenta que la que había elegido en el Museo Nacional de Historia Natural de Santiago ya la había tejido antes a pedido de un señor de Cunco que quería hacer un regalo importante. "Por eso me pareció que no me costaría tanto, pero se la cedí a la Luisa, cuando ella dijo que quería hacer esa. Ahora tengo que estar todo el rato mirando en el teléfono la foto de la que estoy tejiendo para no perderme en el diseño", explica mostrando la imagen en su celular, artilugio tecnológico que se ha vuelto clave para las artesanas mapuche actuales, tanto para recibir pedidos y vender como para fotografiar lo que van a tejer.

*A la izquierda,
manta tejida por
Marta Canio.*



"ME ENCANTARÍA SABER QUÉ SIGNIFICAN LOS DIBUJOS, PERO NO SÉ EL SENTIDO DE MUCHOS DE ELLOS", DICE MARTA.

Marta es muy rigurosa para copiar lo que ve en las columnas hechas con figuras que no son meramente decorativas. Todas contienen poderosos y elocuentes mensajes y están llenas de contenido, por eso hay que ser muy responsable en la tarea de copiarlas. "Me encantaría saber qué significan los dibujos, pero no sé el sentido de muchos de ellos. Me falta ese conocimiento, pero lo que sí sé es combinar los colores y trabajar con mucha paciencia para hacer bien el diseño".

Con todo lo que trabaja en el día en el huerto, el jardín y la casa, esta abuela amorosa se dedica al telar entre las 9 y las 11 de la noche. Y avanza a paso lento pero seguro, quemándose, eso sí, las pestañas a la luz de una ampolleta. La ilusiona que su hija menor, la de 13 años, quiera aprender. "La otra vez hizo una bufanda. Le quedó linda y me pidió que se la vendiera. Me dieron 15 mil pesos por ella; mi niña quedó feliz, porque ella esperaba 10 lucas. Pero lo mejor es que el motorista que la compró, la celebró por pareja y apretadita, dos virtudes de un trabajo bien hecho".

CLA
LAS CUENTAS
U
DE LAS AMIGAS
DIA



"Nosotros somos las amigas del ñimin. Soy afortunada de tenerlas a ellas, de haberlas

encontrado y de que me hayan aceptado. Ahora soy la gerente de esta cooperativa Witraltu Mapu de artesanas y hago el apoyo administrativo. Y, aunque no soy parienta, como sucede con varias de ellas, aquí me siento parte de una familia".

Claudia Silva Canuqueo (46), casada, madre de Claudio, de 16, y de Camila, de 24, fonoaudióloga titulada que la llena de orgullo, es asertiva, clara e intensa. Un moderno torbellino vestido de calipso, con estilosos detalles étnicos, como los grandes aros de plata mapuche y el pañuelo de seda que las ñañitas o mujeres mayores usan en la cabeza y que ella lleva amarrado al cuello. Tiene una melena larga con tintes rojizos y anda con los labios bien pintados en rojo. Bonita y sexy.

Logró egresar de cuarto medio y estudiar "ayudante de contador, porque amo las matemáticas", pese a la oposición de su padre, quien "siempre estuvo presente, pero ausente a la hora de las responsabilidades". Por eso y porque "es huinca", no le gusta su apellido paterno. Preferiría llamarse simplemente Claudia Canuqueo, pero el cambio de nombre implicaba todo un lío para renombrar a sus hijos, así es que lo dejó como está.

"Mi mamá fue madre y padre de 8 hijos", dice y, a los pocos segundos, está llorando por ella y por su abuela materna, sus maestras, quienes murieron por estas fechas, "cuestión que todavía no logro aceptar. Mi mamá se fue primero, hace varios años, y mi abuelita, hace justo uno. Perdón, que me quiebre, pero todavía no lo asimilo".

Como la segunda de las hijas del matrimonio Silva Canuqueo que vivía en la comunidad Rayen Lafquen de Villarrica, le tocó crecer rápido. "Atendi a mis hermanos chicos. Ayudar a criar es parte de la rutina de una. Esa es una historia común a muchas de nosotras, pero, en mi caso, gracias a mi rebeldía, logré sacar adelante mis estudios". Durante años, trabajó en contabilidad, pero lo que había aprendido de su mamá, el tejido a telar, la atraía como un imán.



A la derecha, tres trariwe tejidos por Claudia.



"Mi mamá enseñaba a tejer y vendía a través de una asociación frazadas, mantas y alfombras, y yo jugaba a hacerlo de niña. Yo marcaba con una lana de color la línea en que ella había dejado el tejido y partía tejiendo desde ahí, luego desarmaba todo para que ella no se diera cuenta de que me había metido en sus cosas. Mi mamá era estricta, porque tenía muchos hijos y responsabilidades. Muy líder también. Yo la miraba e iba incorporando de manera inconsciente ese aprendizaje. Después, de adulta, cuando tuve a mis bebés preciosos, iba a la feria y todo lo tejido me fascinaba".

Cuenta que su papá de apellido huinca, "le decía cosas feas a mi mamá porque era mapuche. Yo no entendía por qué, pero ahora siento que ese desprecio ha cambiado, que hay un empoderamiento, que como pueblo hemos despertado".

Con la fascinación latente por la textilera mapuche, Claudia, quien ya tenía casa propia con su familia en el sector urbano de Padre Las Casas, supo que las mujeres a las que hoy llama "las amigas del ñimin" darían un taller. "Y me presenté. Entonces yo usaba el pelo parado, medio punky, no era la señora típica. Nadie me conocía y ellas eran todas medio parientes, pero fui, me aceptaron y no me sacaron más".



"PARA TEJER TIENES QUE ESTAR AQUÍ CON TU MENTE Y CON TU CUERPO, A LO MEJOR AHORA TU CUERPO ESTÁ, PERO NO TU MENTE", FUE EL SABIO CONSEJO QUE RECIBIÓ CLAUDIA.

Confiesa que era lenta como una tortuga. Y para agarrar velocidad y seguridad, fue clave el consejo que le dio una artesana mayor, Luisa Sandoval: "Para tejer tienes que estar aquí con tu mente y con tu cuerpo, a lo mejor ahora tu cuerpo está, pero no tu mente. Eso fue clave, lo mismo que la vez que saqué el primer diseño. Yo sabía tejer, pero no sabía hacer la urdiembre. Logré el diseño, cuando logré aprender a urdir, porque es ahí cuando uno consigue mirar diferente. Al mirar diferente, piensas diferente, y el diseño sale. Ese fue un gran logro y me felicito por eso y, a veces, también me pellizco por lo que he logrado".

Autonomía económica, invitaciones a contar su experiencia, avances culturales en el respeto al pueblo mapuche y a su cultura. Por eso mismo, lo que más le gustó de las mantas antiguas que conoció en Santiago, fue que muchas provinieran de Padre Las Casas, el lugar de las amigas del ñimin.

A
UNA CULPA
NI
Y MUCHOS DESAFÍOS
TA



A

nita Mena Milao (49) tiene tres hijos. Aunque uno de ellos ya no esté en esta tierra, ella lo menciona y se culpa y carga con esa culpa como una cruz desde hace 12 años. "Yo estaba trabajando

en el telar, cuando se produjo el accidente. Fue un descuido. Es muy triste mi historia".

Esforzada, madre a toda prueba, ha sacado adelante a sus otros dos niños sola, tejiendo y ahora trabajando puertas afuera como empleada doméstica para tener un ingreso más estable que el que provee la artesanía. Su hijo mayor, de 26 años, está terminando ingeniería en la Universidad de Concepción, "gracias a la Beca Bicentenario y a la gratuidad". Y Valentina estudia Pedagogía en Matemáticas en Temuco y vive con ella en Padre Las Casas urbano. "Yo ahora tejo de noche, porque en el día no puedo. Llego del trabajo a tejer".

Su mamá quedó viuda cuando Anita tenía 5 años. No recuerda a su padre, quien era mestizo e hijo de padre mestizo, pero sí tiene fijo en la memoria el esforzado trabajo de su madre con el telar para sacar a su familia adelante.

"Yo no quería ser tejedora. Mi mamá tejía lamas, alfombras mapuche. Piezas de dos metros por un metro y medio, que implicaban un tremendo trabajo, que no se pagaba en lo que valía. Yo quería algo mejor para mí, menos sacrificado, porque en esa época teníamos que hacer todo: hilar y teñir la lana, encontrar leña seca para hervir los tintes... Pero terminé en lo mismo, aunque ahora es distinto. Más fácil. Hay más posibilidades, mayor innovación, existe demanda por piezas utilitarias, decorativas, más chicas".

Pese a su reticencia, a los 13 años sus hermanas le enseñaron a tejer, pero fue algo muy natural. "Nunca me costó, nunca me esforcé, creo que es algo que se lleva en la sangre. Además, en





A LOS 13 AÑOS SUS HERMANAS LE ENSEÑARON A TEJER, PERO FUE ALGO MUY NATURAL. "NUNCA ME COSTÓ, NUNCA ME ESFORCÉ, CREO QUE ES ALGO QUE SE LLEVA EN LA SANGRE", DICE ANA.

mi casa siempre había un witrál armado, siempre se podía tejer". Finalmente, siguió su vocación y su destino, pero con una enorme inquietud por organizarse, armar cooperativas con otras tejedoras y, sobre todo, por innovar, perfeccionar la técnica y aprender el significado de los diseños.

"Me gusta mucho experimentar. Hago trabajo de patchwork, he aprendido técnicas de eco print, cosas que a algunos puristas no les gustan, pero que la gente compra. Yo nunca había postulado a ser proveedora de Artesanías de Chile, pero cuando participé en el concurso Sello de Excelencia 2014, me vieron y me han hecho participe ahora de este trabajo de rescate patrimonial".

La pieza con que Anita postuló al sello de excelencia es un finísimo poncho femenino de lana de oveja, teñida de manera artesanal con tintes naturales. Inspirado en piezas de alfarería mapuche y adaptado a los tiempos actuales, con la mejor técnica textil tradicional mapuche.



Dos trariwe tejidos por Ana Mena.



**LOS TRARIWE
SON FEMENINOS Y FEMINISTAS.
CUENTAN MUCHO MÁS
QUE CUALQUIER OBJETO O
MANIFESTACIÓN LIGADA AL
UNIVERSO MASCULINO.**

–¿Por qué ahora elegiste recrear trariwe y no mantas?

–Honestamente, por mi disponibilidad de tiempo, porque trabajo solo en las noches y pensé que quizás no alcanzaría a hacer algo tan grande. Aunque también porque me gustaron mucho los trariwe.

Los trariwe son femeninos y feministas. Son una prenda exclusiva del mundo femenino mapuche. Y cuentan mucho más que cualquier objeto o manifestación ligada al universo masculino. En los trariwe se conserva y expresa la cosmovisión de este pueblo. En ellos, los símbolos reflejan el orden social y territorial de quien los usa y cuentan el mundo que rodea a su usuaria. Por eso hay mucho contenido por desentrañar.

En distintos escritos, las investigadoras Margarita Alvarado y Angélica Wilson señalan que esta prenda es significativa dentro del mundo femenino mapuche. En un escrito de 1988, Margarita Alvarado es bien precisa al señalar: “El apego e identificación de la mujer adulta mapuche con su trariwe es tan significativo y es una pieza tan sustancial de su atuendo, que cuando se desprende de él, está abandonada de su fuerza primordial”.

Más comprensible aún es lo que le pasó a la artesana Anita Mena en el Museo Nacional de Historia Natural. “Allí pude hacer el trabajo interpretativo y comprender el mensaje de los trariwe que escogí para recrear. Eso me fascinó”.



Trariwe tejido por Ana.

ÁN

S U T R A R I W E

G E

R E V U E L T O

L A



Destaca en un rincón de la modesta casa del sector Lleupeco, un colorido trariwe. La larga faja no responde a un pedido especial ni forma parte de la tarea encomendada por Artesanías de Chile para esta colección patrimonial a Ángela Calfulaf España (42), dos hijos, casada.

Ella se había comprometido a hacer tres trariwe, pero este que está medio enrollado en la ventana surgió espontáneo a partir de una necesidad expresiva incontenible que experimentó Ángela a su regreso de Santiago, después de la visita al Museo Nacional de Historia Natural, donde escogió la trilogía de piezas que ahora está recreando en su telar.

Como ya dijimos, el trariwe o faja femenina es una prenda clave dentro de la textilería mapuche. Existe desde 1.300 dC –se han encontrado fragmentos de uno tejido en lana de llama en el sitio Alboyanco, en La Araucanía–. Es rico en cuanto a iconografía, símbolo social, soporte de la identidad femenina. “Te afirma la fertilidad, te la sujeta”, nos dijo una experta tejedora mapuche que nos acompaña en la visita a las artesanas.

En las *Memorias del Cacique Pascual Coña*, se alude a su perfección estética y a su variado contenido: “Algunas mujeres fueron dibujantes de admirable perfección, realizaban en sus labores los más variados motivos como cruces, cuadrados, triángulos, flores, diversos animalitos y pájaros, hasta figuras humanas, pendientes y muchos más”. Los estudiosos coinciden en que este cinturón otorga status –hay para niñas, jóvenes y mujeres maduras e influyentes en la comunidad–, pero en todos los casos se le reconoce su condición de parlante. El trariwe habla, cuenta historias y los que saben pueden leer en él significados profundos y muy personales.

Es lo que vivimos esta húmeda mañana de julio, luego que Ángela nos guiara vía celular desde la colina donde se ubica su casa. Además de la diseñadora Claudia Bobadilla, nos acompaña una maestra tejedora, quien no se puede contener y le dice a Ángela, mientras revisa/lee el colorido y largo cinturón: “No vas ni vienes. Estás un poco confundida. Aquí tienes un puro revoltijo. Hay muchos y distintos pensamientos, por eso te sale así este motivo, al que yo llamo la espiga de oro”.

–Esto parece una lectura del tarot, una interpretación de la borra del café –comentamos.

La aludida escucha atenta. No se impresiona por lo que escucha, pero la lectura le despierta la

*A la derecha,
trariwe tejido
por Ángela.*



memoria remota: "Cuando yo era niña, de unos 9 o máximo 10 años, llegó a la casa una señora muy anciana, vestida de chamán. Era una antigua tejedora, como de 90. Estaba casi ciega, pero se sacó su trariwe, me lo pasó y me lo dejó en préstamo. Era un tejido quizás de cuándo. Me dijo: 'Mamita, tú, aprende esto, porque con esto vas a vivir en el futuro'. Y le hice caso. Esa camioneta que está afuera me la compré con la plata de mis tejidos; ahora estoy planeando hacer una ampliación en la casa, porque el telar no cabe bien acá adentro. Miren, tuve que destapar el techo para poder pararlo".

Ángela es una de las pocas artesanas que entrevistamos, si no la única, que nos muestra una pieza propia, que tejió para sí misma. Ese trariwe que la maestra encuentra enredado en su mensaje, pero que a ella le gusta porque le salió del alma. "No lo vendería. Aunque si me dieran unos 200 mil pesos quizás...", dice, como pillada en falta.

La experta, que en esta casa donde el frío se cuela por un vidrio roto y nos obliga a conversar en torno a la cocina, se ha vuelto más elocuente y dice sobre los trariwe. "Cuando la mujer está embarazada se hacen de 8 centímetros de ancho para no molestarle la cabeza a la guagua. Normalmente son de 10 centímetros. Hoy solo el 20 por ciento de los mapuche son hablantes, y eso hace una gran diferencia en la comprensión de los símbolos. Yo soy de las antiguas tejedoras que entienden lo que tejen, pero la necesidad y el comercio han creado artesanos sin respeto. Hay quienes sostienen que nada que contenga el lukutuwe debería venderse, porque es un símbolo sagrado, de uso exclusivo de la machi".

El lukutuwe es un dibujo antropomórfico, cuyo significado es "lugar donde se arrodilla". Tiene





“LO QUE MÁS ME COME EL TIEMPO Y LO QUE MÁS ME GUSTA ES TEJER. A MÍ, EL TEJIDO ME LO HA DADO TODO”, DECLARA ÁNGELA.

un profundo significado espiritual y está muy vinculado a la celebración del guillatun.

Ángela escucha con interés estas explicaciones. Dice que ella llegó solo hasta octavo básico y que le habría encantado “estudiar y ser profesional”. Ahora pasa sola casi todo el día. Su hijo mayor está internado en una escuela y quiere ser detective, y al pequeño, de 5, lo pasa a recoger muy temprano un furgón para llevarlo al jardín infantil y llega de vuelta en la tarde, mientras su marido trabaja en el campo de sol a sol. “A mí no me gustan el huerto ni los animales. Lo que más me come el tiempo y lo que más me gusta es tejer. Soy proveedora de Artesanías de Chile y hago trabajos a personas particulares que me hacen encargos. A mí, el tejido me lo ha dado todo”.

A la derecha, dos trariwe tejidos por Ángela Calfulaf.



A U

D O

Y LOS LOGROS

L I

DE SU NUERA

N A



A

unque a primera vista parece parca y un tanto dura, al poco rato se revela como una suegra ideal. Una suegra mamá. Y una abuela amorosa, que no cesa de hacerle musarañas a

Agustina Belén, la menor de sus dos nietas.

Estamos en vísperas de Fiestas Patrias y Audolina Travol LLeuvul nos cuenta que el próximo 19 de septiembre cumplirá 65 años. A los 29, tuvo a Gabriel Chicahual, su único hijo, al que educó sola porque su marido le salió malo. "Mañoso y muy tomador", dice, sin lamentarse.

"Cuando me quedé sin marido, pensé en arreglármelas cultivando y vendiendo verduras, pero no logré juntar mis monedas. Fue con el trabajo de artesana que salí adelante. Es una técnica que aprendí a los 12 años, mirando a mi mamá. A esa edad, ella me enseñó a hacer el cruce para lograr las figuras. Esto a mí me gusta. Es un trabajo limpio. Calentito. Más fácil. Lo de las verduras es frío, húmedo, sacrificado".

Única mujer en una familia de 4 hermanos, siempre ha estado al servicio de otros, aunque reconoce que para sacar adelante a Gabriel contó con la ayuda económica de sus hermanos Faustino Alberto y Domingo Segundo. "Uno de ellos vive en Argentina ahora. Hizo su vida allá y nos apoyó hasta que mi hijo terminó su carrera de electricista. Cuando Gabriel tuvo su título, él le dijo 'hasta aquí llego yo'. Mi hijo ahora trabaja por todo Chile, haciendo instalaciones eléctricas en grandes obras. Ahora mismo está en Antofagasta. A él yo le enseñé que había que hacer familia, ser responsable, cuidar a la mujer y a los hijos", dice.

Cuando Gabriel se juntó con Beatriz, su nuera quería terminar su enseñanza media y trabajar en Temuco, pero cuando nació Yanira Giselle, su nieta mayor, ella le aconsejó que aprendiera a tejer en el telar y trabajara en la casa, donde podía cuidar a su guagüita. "Le expliqué que yo había criado a mi hijo, tejiendo y que la plata me llegaba sola a la casa".





**AUDOLINA LE ENSEÑÓ
A TEJER A SU NUERA Y HOY DICE
SATISFECHA: "ELLA ME PASÓ POR
ENCIMA. ES MUCHO MÁS RÁPIDA
Y AHORA GANA MÁS QUE YO",**

Beatriz solo sabía escarmenar la lana y urdir, y ella le enseñó. Ahora la nuera-aprendiza la ha superado. "Me pasó por encima. Es mucho más rápida y a mí ahora me está fallando la vista. Ahora gana más que yo", dice, contenta y con evidente orgullo.

Juntas, sin duda, son imbatibles. Es cosa de mirarlas cuidando a Agustina Belén, la menor de sus dos nietas. Audolina vive con ellas, con su nuera y con su hijo, cuando no está en faena en algún remoto lugar del país. "Vivimos todos juntos desde hace unos 10 años. Siento que me he ido convirtiendo en una mamá para ella y además compartimos el trabajo. Yo no sé estudiar, pero sé tejer lo que veo. Me queda grabado y lo hago, pero ahora le pido a la Beatriz que tome fotos con su teléfono y se me hace todavía más fácil".

*A la derecha, manta tejida
por Audolina Travol.*



B E A

Y S U

T R

M A M Á - S U E G R A

I Z





M

i suegra ha venido a reemplazar el cariño de una mamá, el que nunca tuve. Hemos desarrollado una relación muy

buena. A mí me criaron mis abuelos paternos y mis tíos, porque mi mamá, al año de mi nacimiento, se fue. Después dijo que lo hizo por necesidad, que debía salir a trabajar. De tanto en tanto venía, traía plata y se iba. Después desapareció por años. Cuando yo tenía 7, volvió, y se estableció en Temuco con una pareja nueva, pero luego volvió a irse. A mi papá no lo conozco, ni siquiera sé si él sabe que existo. Dicen que se fue a trabajar a la Argentina”.

La que habla es Beatriz Currihuil Antifil (34), mamá de Yanira Giselle, de 7 años, y de Agustina Belén, de 1. Mientras Audolina, su suegra y maestra en esto del telar, se ocupa de la pequeña, nos cuenta su historia de abandono infantil. De orfandad, que ahora compensa con el cariño de Audolina, su suegra, quien la inició de adulta en el manejo del telar.

“Mi abuela Estelinda tejía y algo aprendí entre los 8 y los 10 años. Después lo dejé, terminé la escuela y, por necesidad, me fui a trabajar a Santiago como nana. Allí, con la ayuda de un amigo que se manejaba en Facebook, logró

averiguar dónde vivía “mi madre biológica”. Quería saber por qué nunca más la había buscado y se reencontraron. “Fue raro. Me contó que su historia con mi papá había sido un proceso muy triste”.

Beatriz estuvo dos años en Santiago y, un fin de semana, por casualidad, “me encontré con Gabriel Chicahual, mi pareja y el padre de mis niñas, en la Estación Central. Fue pura casualidad. Lo ubicaba de aquí, de Padre Las Casas. Me lo topaba a veces en la micro, pero no éramos amigos ni nada”, cuenta. Ese verano, después de conocerlo, pidió vacaciones y volvió donde sus abuelos a Padre Las Casas, convencida de que en un par de semanas regresaría a su trabajo en Santiago. “Pero me quedé por amor”.

Así conoció a su suegra y empezó la convivencia que se convirtió en puro aprendizaje. “Yo conocía todo el proceso del telar, pero sin diseño. Solo liso. Pero verdaderamente partí de cero, porque tenía todo medio olvidado. Mi suegra es muy buena como mujer y como profesora. Exigente, pero cariñosa. Con ella he aprendido los diseños, las técnicas, y no ha sido difícil. Es como una mamá para mí”.

En la casa tienen dos telares montados y trabajan a la par, suegra y nuera. Dice que le encantaría que sus hijas aprendieran las técnicas textiles. “No sé si lo querrán hacer, si les gustará, aún son chiquititas, pero sería bueno que adquirieran este conocimiento, porque la vida es muy complicada y esta es una fuente de recursos a la que siempre se puede recurrir”.

Ese beneficio económico, la tiene contenta y agradecida de Audolina: “En estos casi 10 años en que hemos estado juntos con Gabriel, he pasado más tiempo con mi suegra que con él. La quiero mucho”.

A la derecha, manta tejida por Beatriz.



A U
D O
LA O T R A
L I
N A





Audolina Cristina Travol Canio (34), madre de dos varones de 15 y 7 años, comparte con su tía Audolina el nombre de pila y el apellido paterno, dando cuenta de lo entrelazadas que están las vidas de “la familia del ñimin”, como bautizó una de ellas a este grupo de artesanas de Padre Las Casas.

“Mis hijos no heredarán mi saber, porque los hombres no tejen y porque los chicos de hoy están preocupados de cualquier otra cosa, menos de cautelar los saberes de su pueblo”, dice esta joven tejedora, a quien venimos a conocer recién ahora, cuando está entregando su trabajo terminado. En una visita anterior, tanto ella como su tía y tocaya, la nuera de ésta y toda esa rama familiar estaban concentrados en un rito funerario, que, en la cultura mapuche, toma cuatro días de sagrado duelo. Tampoco pudo viajar a Santiago a escoger in situ, en el Museo Nacional de Historia Natural, la pieza que tejería. “Estaba lista para partir, pero me enfermé de los riñones justo una semana antes. Me descubrieron que tenía cálculos. Fue una pena; me habría encantado conocer los tejidos de nuestras antepasadas. En un momento, temí que por no ir, me dejaran fuera, pero logré entrar y aquí está el producto de mi trabajo”, dice, vital y simpática, totalmente recuperada a punta de hierbas. “Tomo puros medicamentos naturales y trato de comer cosas sanas y beber mucho líquido”.



**SU MAYOR ORGULLO
ES HABERLE HECHO TRES
MANTAS CON ÑIMIN AL POPULAR
CONDUCTOR DE TELEVISIÓN
FRANCISCO SAAVEDRA.**



Como en la mayoría de los casos, fue su madre, María Nelly Canio, quien la inició en los misterios del witrál. "Por enfermedad, ella ha limitado su producción a sus entregas mensuales para Artesanías de Chile. Tiene varias dolencias, hernia, diabetes", comenta.

Audolina estudió en el Liceo de Temuco y luego se fue a trabajar a Santiago, a la localidad de Viluco, como supervisora en una empresa de frutas. "Estuve ahí 13 años. Era una zona muy tranquila, aunque ahora se puso desordenado, como en todos lados".

De regreso en Padre Las Casas con su marido Patricio Colipi, se reencontró con el telar, el

que practicaba desde los 12 años. Se vinculó a la Casa de la Mujer Mapuche y no ha dejado de capacitarse, mejorar su técnica y comercializar sus productos vía Facebook. Su mayor orgullo es haberle hecho tres mantas con ñimin al popular conductor de televisión Francisco Saavedra. "Tuve el placer de tejerle dos negras y una blanca, que quedó preciosa. Aunque se demoró en pagarme, es una muy buena publicidad para mí que él las use y diga que son obra mía", nos comenta con un natural sentido del marketing, modernidad que no impide que conozca cuestiones ancestrales, como el profundo significado del lukutuwe que teje de memoria en sus mantas con ñimím.



Manta tejida por Audolina Cristina Travol.

2
PARTE 2

CHOL
CHOL

MANTA CACIQUE Y TRARIWE





**LA MANTA CACIQUE –NÜKUR
MAKUÑ– ES UNA DE LAS
PRENDAS MÁS REPRESENTATIVAS
DEL ARTE TEXTIL MAPUCHE.**

las prendas más representativas del arte textil mapuche y por ello es usada por los hombres en ceremonias y ocasiones importantes. La técnica empleada en su factura es realizada exclusivamente por ciertas tejedoras que poseen conocimiento especializado. La técnica consiste en amarrar los hilos de la urdimbre correspondientes al diseño con una pasta llamada mallo kura para protegerlos de la acción de los tintes. Esta pasta se coloca en los tintes seleccionados y se amarra con hojas de chupón y totora. Posteriormente se realiza el proceso de teñido y, una vez concluido, se procede a soltar las amarras y en la medida que se teje se van formando los escalerados y cruces con el color natural de las fibras”.

Suena complejo de entender, pero es mucho más difícil de realizar. Realmente hay que ser experta para conseguir las maravillas que obran las artesanas de Cholchol, manteniendo la esencia de la técnica, pero incorporando nuevos materiales para aislar la lana del tinte y hacer las amarras con fibras plásticas en lugar de las cada vez más escasas fibras naturales. En los siguientes relatos ellas mismas ayudan a comprender y sobre todo a valorar el sentido de su trabajo.

“Lugar de cardos” esa es la traducción de la palabra mapuche Cholchol, que da nombre a esta comuna y pueblo de La Araucanía. Cholchol está ubicado al poniente de Temuco, y es conocida por sus agrupaciones de tejedoras, que han sido pioneras en el concepto de comercio justo.

De esta comuna, de sus campos y su pueblo, son 7 de las maestras artesanas que participan de este proyecto de rescate cultural con fines patrimoniales. ¿Su especialidad? La manta cacique trarikan con la técnica del amarrado.

Así lo explica Angélica Wilson en una de sus publicaciones para la fundación Tiempos Nuevos: “La manta cacique –nükur makuñ– es una de

DE LA

EL MAL AMOR

LA





¿C

uándo fue que empecé a tejer? Cuando lo necesité para vivir, para sacar adelante a mi primera hija, la

mayor, que ahora es técnico paramédico y trabaja en el Hospital Barros Luco, en Santiago”.

Adela Antinao Chañafil (52) vive sola en una población de los extramuros de Cholchol, en una pequeña casa de dos pisos forrada en lata. Todo, “desde esa cuchara con que revuelves el café, es fruto de mi esfuerzo”, cuenta, después de mostrarnos lo avanzada que está la manta cacique o trarikan que eligió tejer cuando visitó Santiago y, en el Museo Nacional de Historia Natural se encontró con trabajos inéditos y ancestrales que Artesanías de Chile la invitó a reproducir.

La manta trarikan es una de las prendas más significativas del arte textil mapuche; la usan los hombres en ceremonias y acontecimientos importantes, y la tejen las artesanas que conocen la técnica del amarre para proteger la lana en los

tramos en que los tintes no deben penetrar y formar así el diseño deseado. Antiguamente, se usaba una pasta llamada mallo cura para este efecto y luego se amarraban esos tramos con fibras naturales, como hojas de ñocha o totora; hoy la embarrilan con plástico. Luego se tiñe la lana, para una vez seca, soltar las amarras y empezar a tejer guiadas por el dibujo que ha quedado “impreso” donde no penetró el color.

Adela es maestra en esa técnica. Y recurrió a ella, cuando su primer hombre “me levantó la mano”, como explica. “Era un mapuche malo. Lo conocí en Santiago, donde me mandó mi padre a trabajar de nana. A mí nunca me gustó el norte, así es que me volví para acá con mi chiquilla. Llegué donde mi papá, pero él me dijo que no quería una madre soltera en la casa, me mezquinó el pan, me dijo que era una vergüenza para la familia. Así es que me vine al pueblo, acá a Cholchol, donde arrendé una piccita. En el jardín de la casa cultivé cilantro, así empecé a ganar mis pesos. Cuando junté algo de plata me fui a la Feria Pinto de Temuco y compré lana. La lavé, la escarmené, armé mi witrál y me puse a tejer. Vendía mis trabajos en la Feria. Así empecé y he seguido subiendo. Dos años después lo conocí a él. Me ayudaba. Íbamos juntos al campo a comprar lana. Se sentía orgulloso de mi trabajo, por eso no me explico por qué cambió tanto.



Manta tejida por Adela Antinao.



“LA MANTA QUE ESTOY TEJIENDO, LA HIZO UNA SEÑORA MUY INTELIGENTE, QUE CREO QUE VIVIÓ EN EL 1800, Y YO, AUNQUE NO DIRÍA QUE SOY LA MÁS CAPA, ME SIENTO MUY COMPETENTE”, DICE ADELA.

Adela llora. Está devastada. Su pareja por 25 años ya no está con ella. La hija de ambos, que tiene 21 años y acaba de hacer el servicio militar, se fue a vivir con él a Viña del Mar, y Adela está sola. Triste a ratos y enojada el resto del tiempo. Lo que más le duele es que a él ya no le gusta la lana. Le molesta su oficio, que sea tejedora, al extremo que le pidió elegir entre él y su telar. “Me dijo que se sentía casado con una oveja, que se acostaba con una oveja, que todo estaba pasado a oveja, que ya no aguantaba estar en una casa llena de lana y que yo debía descansar, dejar de trabajar ahora que las niñas están grandes y se ganan sus monedas. Y se fue... y me quedé con mi telar y mi casa, porque esta casa es mía. Me demoré 11 años en tenerla... y aquí estoy”, dice, con los ojos llenos de lágrimas.

Se le iluminan, eso sí, cuando cuenta de su infancia. “Yo era la mayor de 9 hermanos y veía a mi mamá tejer. Cuando ella se iba al huerto o a sacar agua del pozo, yo me ponía a intrusear en su telar y dejaba puras embarradas. Ella me retaba mucho. ‘Tienes toda la vida para aprender’, decía. A mí me atraía mucho el tejido. Recogía las lanas de las ovejas que quedaban enganchados en los alambres de púas y las hilaba. Eso hacía de

niña, como juego. Creo que tengo el tejido en la sangre. Por eso dar me cuenta de que la persona que yo creía que me amaba, no me quería ni valoraba mi trabajo, me tiene tan mal. Me lo he llorado todo, pero he decidido arreglármelas sola. Terminé de pagar un crédito, sin su ayuda, y estoy comprometida con ustedes en este tejido patrimonial. Antes hice algo parecido para el Museo Regional de Temuco. Me eligieron por la calidad de mi trabajo. Yo me doy cuenta de que la manta original que ahora estoy tejiendo, la hizo una señora muy inteligente, que creo que vivió en los 1800, y yo, aunque no diría que soy la más capa, me siento muy competente y haré un buen trabajo”.

Dejará en esa manta cacique entretejidas sus penas de amor, sus temores y sus esperanzas. “Soy diabética, por eso una de mis principales preocupaciones es estar bien de salud. Me doy cuenta de que vivo mucho mejor de lo que vivió mi madre, he sacado adelante a mis hijas con mis tejidos. Me siento orgullosa de lo que he conseguido. Nunca falta el pan en mi mesa, tengo una casa propia. La gran pena es que el gran sueño de tener a mi familia reunida, ahora está disuelto. Es como que todo lo que traté de juntar en estos años se hubiera separado en unos días. Es triste”, dice, bajando con fuerza el ñirehue de su telar, apretando los dientes y, de paso, el tejido.

E
L I A
EL ARCOÍRIS
N A



A

la joven y respetada machi de la comunidad Ancapulli, Eliana Tralma Colipi (40), casada, dos hijas, se le apareció el relmu. "Saltó como una chispa y todo se llenó de color: el azul, el rojo, el rosado, el verde, que contrasta con los remedios que yo trabajo, y el amarillo, que es característico de la bandera mapuche. Fue el arcoiris, el relmu completo, el que se me presentó. Y eso me dio sentido para recrear el trabajo de la manta antigua que elegí en el Museo de Santiago con todo este colorido que ustedes ven", explica Eliana, feliz con el resultado, una espectacular manta trarican, cromáticamente audaz y técnicamente perfecta.

En nuestra primera visita, aunque estaba con bronquitis, salió a recibirnos a "piecesito pelao", como dice. Tiene una cara linda, una mirada transparente y luce más joven de lo que es. Entonces aceptó ser fotografiada sólo de espaldas en el camino que lleva a su casa y a su rehue, un paisaje precioso, que anunciando la primavera se había teñido de aromos y copado todo del aroma amarillo de la mimosa. Finalmente, accedió a ser retratada pero sin mirar a la cámara.

En su acogedora casa, donde nada está dispuesto al azar, menos el rehue, que siempre debe ubicarse frente a la puerta de entrada y muchas veces congrega a un centenar de personas, hay otros perfumes: a harina tostada, yerbas, avellanas, merken, huevo duro molido, mate y pasta de aji.

"La manta del museo me atrajo, pero con los colores yo la he variado. La antigua no tenía amarillo. No llevaba azul. Llevaba rosa pálido y verde agua. Yo sentí que tenía que elevarlos, darles vida de nuevo, como que me dio pena que estuvieran tan apagados. Y ahí saltó la chispa", cuenta Eliana, que era tejedora antes de asumir





“MANUEL, MI ESPOSO, ME AYUDA A MONTAR EL TRABAJO EN EL WITRAL. ÉL ES MI GRAN COLABORADOR; ESTÁ CONMIGO CUANDO ME VIENE EL NEWEN Y ME ASISTE CUANDO HAGO EL PELOTU, LA LECTURA DE LA ORINA”, CUENTA LA MACHI.

su condición de guía espiritual y sanadora, de ser machi, proceso que no es fácil de asimilar y aceptar, porque representa una enorme responsabilidad.

“Tejo desde los 13 años. Me enseñó mi madre; a una es siempre la mamá quien le inculca los deberes, como el hacerle una manta al marido, para que luego la suegra no la considere floja. Ahora es mi esposo, Manuel Quintriqueo, quien me ayuda a montar el trabajo en el wital. Esta vez me demoré muchísimo en la amarra. Mi pareja es mi gran colaborador; es él quien está conmigo cuando me viene el newen, si no sufriría mucho. También me asiste cuando hago el pelotu, la lectura de la orina. Él apunta el tratamiento, porque yo estoy en trance en ese momento, así es que él va anotando lo que yo voy diciendo”.

Manuel es muy alto, pintoso. Lo vemos ir y venir desde el huerto al granero, mientras le pedimos a la machi que nos cuente su historia de amor.

“Lo conocí cuando yo estaba en octavo básico. Era de por aquí cerca, de hecho, jugábamos al palín, salíamos a buscar maquis, digüeñes. Su familia vivía en el bajo y nosotros en el alto. Después yo seguí en el liceo, donde hice la enseñanza media. No me dio para estudiar más; el mismo don de la sanación que tenía, me lo impidió. El newen me tiró a la cama. Estuve





tres meses muy mal, la familia pensó que no sobreviviría, pero de repente me mejoré y supe lo que tenía que hacer, ser machi, lo que me venía de una bisabuela. Yo me recibí de sanadora allá arriba, en el monte. El machi de Temuco me vino a ayudar para hacer el pürrun”.

El pürrun es un baile ritual de carácter iniciático. En paralelo, Eliana pololeaba con Manuel, quien tiene una madre adoptiva que también es machi.

Después de 4 años de romance, la pareja se juntó. “Estamos casados por el mafuwün, que es el matrimonio mapuche. El hombre tiene que pagar con un caballo, un rebozo para la suegra y algún otro tipo de dote”, nos cuenta Eliana, quien muy pronto quedó embarazada de su hija mayor, que hoy tiene 22. Diez años después, nació la menor, “no fue por falta de cariño que nos demoramos tanto”, precisa la machi, con picardía.

*A la izquierda,
manta tejida por
Eliana Tralma.*



“PIENSO CON TEMOR QUE SE VA A PERDER ESTE SABER MÍO. NO HAY NADA ESCRITO Y EXPLICADO, Y NO VEO QUE UN MAPUCHE VAYA A SENTARSE Y A HACER UN LIBRO SOBRE ESTE SABER”, DICE ELIANA.

Les ha ido bien a Eliana y Manuel. Tiene una casa linda, grande, acogedora, con el mate presto y las tortillas de rescoldo listas para agasajar a las visitas. Ella se siente satisfecha: “La gente me tiene confianza y a veces tengo centenares de gentes reunidas aquí”.

Como si fuera poco, sus tejidos son preciosos. “Esta manta que hice la veo como para un extranjero, porque los mapuche no usamos tantos colores. Apenas algo en el trarilonko, cosa que contraste con los colores del wallmapu, de la naturaleza”.

—¿Te preocupa, Eliana, que la técnica textil se pierda?

—A veces pienso con temor que se va a perder este saber mío. Mi hija mayor estudia sicopedagogía y la chiquita está en la básica, no tienen tiempo para aprender a tejer, aunque algo han hecho. Esas cositas que están colgadas —nos indica, mostrando unos adornos sencillos. Y concluye: —Ellas no saben armar el diseño. Y esto es pura vista, no es palabra, es visión. No hay nada escrito y explicado, y no veo que un mapuche vaya a sentarse y a hacer un libro sobre este saber. Me da susto esa parte.

ÁN
Y SU HIJO
G E
M A C H I
L A



Á

ngela Llanquiao Millaqueo (56), tres hijos, un nieto, Nicolás, de 6 años, ha perfeccionado la técnica textil que le enseñó "una tía abuela por lado de padre, Juana Llanquiao", gracias a los

encargos detallados y súper específicos que le ha hecho durante años un comerciante argentino del cual ya varias artesanas nos han hablado.

"Él pone la lana y paga bien por la mano de obra. Viene un par de veces al año. Me trae fotos y yo copio los diseños. Encarga mantas que luego vende en otros países como si fueran antiguas. Le da una pasadita por el fuego a la lana, para que se vea gastada, desteñida y sale el mismo olor que cuando le quemas los cañones a un pollo desplumado. Vende en España, Argentina, y le pagan como un millón de pesos por manta. El hombre sabe de textiles. Dirige un club de gauchos, es criador, tiene una estancia".

Y un negocio dudoso, ya que vende gato por liebre, manta nueva por antigua, pero que ha beneficiado a varias mujeres de esta comunidad, donde muchas son distinguidas artesanas y están casi todas emparentadas entre ellas.





“FUIMOS A UNA REUNIÓN CON AUDOLINA Y ROSA, ASÍ PARTIMOS Y APRENDIMOS A VALORAR NUESTRO TRABAJO. AHORA TENEMOS UNA AGRUPACIÓN FORMADA CASI POR PURAS PARIENTAS”, DICE ÁNGELA.

“A los 8 años, empecé a hilar. Llegué hasta quinto básico en esa escuela que está en el camino que viene hasta acá. Por mi primera venta me pagaron dos mil pesos, buena plata en esos años. Fue una manta lisa, tipo sal y pimienta, matizada. Así empecé ambulando, vendiendo lo mío al callejeador, en la Feria Pinto de Temuco”.

Cuenta que fue en el hospital, cuando tuvo a su hija, que, conversando con otra parturienta, supo que había organizaciones de artesanas. “Fuimos a una reunión con la Audolina Travol y la Rosa Rapiman, y así partimos. Fue bueno porque aprendimos a valorar nuestro trabajo. Ahora tenemos una agrupación formada casi por puras parientas”.

Ángela está convencida de que si no teje, se enferma, se muere. Y que a ese quehacer debe sumar “hacer el almuerzo, el lavado de la ropa y el cuidado de mi marido, que no es sano, sufre

del corazón”. Pero no se queja. Más duro fue lidiar con lo enfermizo que fue de niño su hijo mayor, quien hoy es machi y sana a otros. Ahora mismo anda en Chiloé, haciendo diagnóstico. “Lo llaman de Curarrehue, de Conce, de todos lados”, cuenta orgullosa, aunque afirma que decidir la vocación de machi, responder al llamado del newen, es un proceso duro y doloroso no solo para el que lo experimenta, sino para toda la familia.

“Mi hijo trabajó en Bata, en Easy, fue profesor de mapudungun como dos años, después estuvo cultivando el campo, pero tenía un don desde chiquitito que no comprendía y frente al cual no pudo hacerse el lesa. Le viene por el lado de mi abuela y por el abuelo de mi marido, que eran machis. Pero ahora está feliz, hallado, y lo llaman de todas partes”.

Igual que ella, con su don de talentosa artesana.

*A la derecha,
manta tejida
por Ángela
Llanquino.*



J U A

P U R O

N I

F U T U R O

T A



M

Michelle Relmutray se llama su hija mayor, segundo nombre que significa "arcoíris de la cascada". "No quería ponerle ni Rayen ni Millaray,

nombres mapuche que están súper trillados.

Busqué y busqué hasta encontrar ese, pero desde guagua le hemos dicho Relmu", cuenta Juanita Blanco Llanquileo (33), la más joven de las artesanas embarcadas en este proyecto de rescate patrimonial.

Nos encontramos con ella y su hija Relmu por el camino. Realmente parecen hermanas. Van juntas a la casa de su suegra, pero se devuelven al plano y extenso terreno donde se levanta su casa, en unas vegas del río Cholchol, para conversar con nosotros.

"Yo no terminé el cuarto medio; me quedé embarazada de la Relmu. Me gustaría seguir estudiando, pero nunca me ha gustado leer. Me cuesta. He intentado leer la Biblia; no puedo. Yo pienso que para estudiar es necesario leer bien y mucho".

Pese a lo que considera su "limitación", antes de dejar la enseñanza media, en el Liceo Intercultural de Cholchol, donde había optado por especializarse en servicios turísticos, ella les enseñaba a sus compañeros, porque el tejido le había dado conocimientos sobre la cultura mapuche que los demás no tenían. Al igual que las otras düwekafe, incluida su madre, la artesana Marcela Llanquileo Leufumán, Juanita valora mucho lo que sabe. Tiene clara conciencia de que es un tesoro que no puede permitir que se pierda. "Trabajar en el telar se me ha convertido en una necesidad, no solo porque me da cierta independencia económica y me permite criar a mis hijas trabajando sin salir de la casa, sino porque encuentro que es un valor único.





Ojalá pueda enseñar a otros y ayudar a que no desaparezca y que está sabiduría textil se vaya quedando para siempre con nosotros”.

Nos muestra unos pequeños trabajos hechos por Relmu y Margaret, su hija menor. “Yo les exijo a mis niñas que sean prolijas con el tejido, que les quede parejito por los dos lados”.

—¿Qué diferencias hay entre tu trabajo a telar y el de Marcela, tu madre?

—Encuentro que ella trabaja más firme; yo soy de no apretar tanto el tejido. Igual, siento que ya estamos a la par en lo técnico. He aprendido y he sufrido. Me frustraba mucho cuando se me cortaba la tinta o se me pasaba la lana de color. Recuerdo una vez que un ratón se metió en mi witrál, cuando estaba haciendo un trabajo de una medida especial. Yo no pude arreglar el desbarajuste; era un desastre de hebras y lanas mordisqueadas. Fueron mi mamá y mi tía las que hicieron el milagro, un trabajo de joyería, y lo arreglaron.

Juanita se siente capaz, segura y orgullosa. “Llevo 13 años de mi vida en esto. Pese a mi poca edad, hace años me inscribieron junto con otras 9 artesanas para trabajar con la Fundación Artesanías de Chile y, con ayuda de mi mamá, que partió montándome el witrál, logré hacer las entregas. Ahora soy capaz de solucionar todo sola e incluso le aconsejo a ella que no tiene que golpear tan fuerte el tejido con el ñirehue”.

Ha ido a giras técnicas, ha conocido a distintas artesanas, no solo textiles y le encanta la innovación. Por eso ha hecho cursos de fieltro, de tinturas con fibras naturales, de ñimin doble, técnica que usan las artesanas de Padre Las Casas. “Eso se hace contando los hilos. Uf, eso sí que no

**“MI MAMÁ TRABAJA MÁS FIRME;
YO SOY DE NO APRETAR TANTO
EL TEJIDO. IGUAL, SIENTO QUE
YA ESTAMOS A LA PAR EN LO
TÉCNICO”, DICE JUANITA.**

se me pudo quedar en la cabeza. En cada hebra tenía que preguntar y retroceder. Encontré muy sacrificado eso de ir contando cada hebra, como que la mente trabaja mucho y se estresa. No me gustó. Al final, preferí el curso de fieltro”, cuenta y va a buscar un morral que hizo mezclando telar y fieltro.

Es una bolsa con la imagen de la bandera mapuche. Colorida y simbólica. Podría ser muy comercial. “Mi marido es pequeño agricultor, pero le gusta coser a máquina y a mí me gusta inventar. Así es que el me ayudó a coser el fondo del bolso. Ahora tengo lana para hacerme un chaleco que quiero que sea diferente, pero así como avanzo con la manta patrimonial, voy a tener mi chaleco recién para el verano”, dice, riéndose de sí misma.



*A la derecha,
manta tejida por
Juanita Blanco
Llanquileo.*

M A R

P A S A D O , P R E S E N T E

C E

Y F U T U R O

L A





Al cabo de 11 años, Juan Mellín, un vecino de siempre, la hizo replantearse la viudez. Hoy tienen dos hijos; de 12 y 9. La menor escucha, entretenida, las historias que su madre nos cuenta a nosotras y a un equipo de la televisión local que vino a hacer un reportaje de su trabajo para Artesanías de Chile.

A propósito de esa experiencia, Marcela afirma: "Cuando nos invitaron a Santiago jamás pensé que entre los antiguos había artesanas capaces de hacer objetos tan hermosos. No sabía de esa calidad, firmeza y fineza en los tejidos, que lucen mucho mejores que los actuales. Había además piezas interesantes, como una especie de chamanto como los que usan los huasos. Y una especie de pieza para poner bajo la montura. Yo ya había tejido inspirada en piezas antiguas, como una manta en negro y blanco que tejí para el Museo de Temuco y que estuvo expuesta por varios años. Ahora me imagino que está guardada como las que nos mostraron en el Museo de Santiago. Eso espero que pase con esa que tejí y con esta otra que estoy tejiendo, que queden guardadas para que en el futuro se las muestren a nuevas generaciones de tejedoras, tal como lo hicieron ahora con nosotras".

"Hace años que me congregué; me hice evangélica. Esa es mi creencia. De la cultura

mapuche mantengo la técnica textil y el habla, la que uso comúnmente cuando me encuentro con abuelitas. No quise que mis hijos aprendieran, porque yo fui discriminada con dureza en la Escuela de Cholchol, cuando entré a cuarto básico, por hablar mapudungun. Tuve que pelear para que me respetaran y me juré a mí misma que mis hijos no tendrían que pasar por eso".

Quien habla es Marcela Llanquileo Leufumán (55), madre de 6 hijos, incluida Juanita Blanco, destacada artesana textil. Tal como ella le enseñó a Juanita, a ella la formó su madre. "Aprendí a amarrar, pero no a tejer. Estudié hasta octavo básico y después me mandaron a trabajar a casa particular. Sufrí mucho, viviendo puertas adentro. Después de varios años volví, me casé y ahí empezaron a nacer los hijos. En paralelo, logré aprender a tejer e hice mi primera manta. Fue costoso, pero la vendí súper barata, a diez lucas, apenas".

Enrique, Hipólito, Manuel y Juanita Blanco, los hijos, tenían entre 10 y 4, cuando "mi marido falleció. Murió en un accidente, a los 37 años. Ahora lo tomamos a la risa, pero fue muy duro criar a cuatro niños sola".



Manta tejida por Marcela Llanquileo.



J A C

Q U E

S U P E L O

L I

E N U N A M A N T A

N E



“P

or los golpes del ñirehue se sabe que está la Jackie en su casa”, dice Juanita Blanco, vecina y prima de Jacqueline Tralma Llanquileo (38), tres

hijos. Las viviendas de ambas están separadas por unos 20 metros en este plano y plácido sector de vegas cercano al río Cholchol, donde de tanto en tanto canta un gallo, ladran los perros o muge una vaca. Eso, y el sonido regular que produce Jacqueline al tejer son la banda de sonido de esta historia, su música incidental.

“El tejido estuvo siempre en mi vida. Me enseñaron mi mamá y mis tías, lo básico. Al volver de Santiago, donde trabajé de nana por diez años, con mi hijo mayor pequeño, quise aprender más. Lo hice para tener un ingreso, no por gusto, y me entusiasmé cuando vi que otras chiquillas ganaban sus monedas con esto. Fue por necesidad. Para ayudar a mi pareja. Él trabaja en construcción. Hace casas de subsidio”.





“EMPECÉ A HACER MANTAS PORQUE SON MEJOR PAGADAS Y DESPIERTAN EL INTERÉS DE LAS UNIVERSIDADES, DE LAS AUTORIDADES, LO QUE INDICA SU IMPORTANCIA”, DICE JACQUELINE.

Aunque “no fue por gusto”, ya lleva una década dedicada al tejido a telar y se ha ido enamorando de su oficio. Postuló al Fosis y pudo construir su taller junto a su casa. Es una habitación pequeña pero acogedora, de paredes blancas donde refulgen los ovillos de lana que ella tiñe con colores vibrantes y que su hijo mayor (18), cuando viene los fines de semana, ya que estudia en la universidad, le ayuda a desamarrar. Ahora, en el telar avanza metódicamente con la manta que está tejiendo para la colección patrimonial de Artesanías de Chile. “Empecé a hacer mantas porque son mejor pagadas y despiertan el interés de las universidades, de las autoridades, lo que indica su importancia. Me han entrevistado también para una investigación sobre la manta cacique que está haciendo la Universidad Católica. A la tía Marcela, a mi prima Juanita y a mí nos han preguntado muchísimo sobre el tema”.

Como todas, destaca el fino trabajo que conocieron en Santiago, cuando les revelaron la colección de mantas y trariwe del Museo Nacional

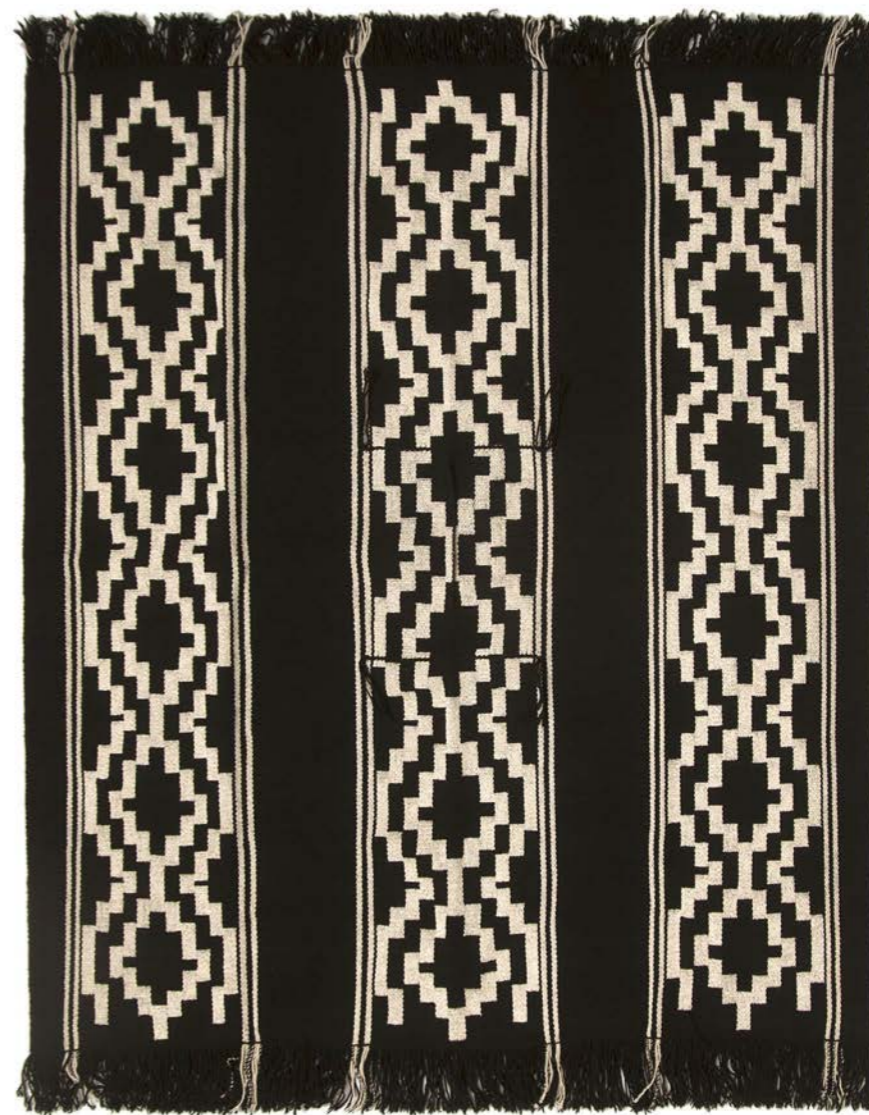
de Historia Natural. “Las abuelitas hilaban con una fineza que hoy no se logra. Hilaban ellas mismas su lana. Yo nunca he logrado hilar fino, delgadito. Acercarse a lo tradicional, tiene mucho que ver con eso, con la lana. La tía Marcela lo consigue, encuentro yo”.

Jacqueline repite varias veces que a su hijo mayor le llama la atención el tejido, que la ayuda con el amarre y el desamarre, que no tiene prejuicios machistas. “A él le hice una manta lisa color natural y a mi marido también”.

–¿Y le metiste pelo a la manta? –le pregunta la tejedora mapuche experta que nos acompaña, dando cuenta de una práctica medio mágica, medio romántica.

–Siempre va quedando pelo de una en la manta. Al estar inclinada, caen. Yo trato de sacarlos en los trabajos a pedido, pero a las de ellos, claro, que les metí pelo.

*A la derecha,
manta tejida
por Jacqueline
Tralma.*



MA

ESPERANDO

GA

A AYELEN

LY





Es la orgullosa dueña de un aroma de copa perfecta, que destaca en lo alto de una colina desde donde se domina el brillante serpenteo del río Cholchol. Esa es la vista desde su gran casa de un piso, sólida y moderna,

muestra evidente de las habilidades constructivas de su marido, que es dueño de una barraca cercana, aquí en el sector de Ancapulli.

Hija de machi y tejedora, Magaly Quintriqueo Huenchunao (36) es madre de dos hijos –una niña de 13 y un niño de 7– y espera al tercero. “No me interesa saber el sexo de la guagua, pero he soñado que es niña. Por eso ya le tengo nombre: Ayelen. Si es hombre, no sé qué nombre le pondría”.

Pese lo joven y fuerte que es, el embarazo la ha tenido por las cuerdas por estos días, y le ha impedido avanzar en el tejido de la manta que eligió recrear. “Yo nací en al campo. Cuentan



“ME ENORGULLECE DECIR QUE CUANDO YO PONGO MIS TEJIDOS AL TRASLUZ, EL SOL NO TRASPASA LA TELA. ESO PORQUE NO MEZQUINO LA LANA”.

que llovió mucho entonces y que todo andaba flotando y que a mis padres les pasaron un galpón por casa. Allí nací yo, con ayuda de mi papá y las instrucciones de mi mamá, Elba Huenchunao. Ella es machi. Tiene 59 años y varias enfermedades que la han afectado. Hay días que está bien, pero la mayoría está mal. Vive por aquí mismo, un poquito más abajo.

Machi y tejedora eximia, le heredó lo segundo a su hija Magaly, destreza que muchas parientas comparten por estos lados. Así lo explica Magaly: “Todas tejemos en Ancapulli, abuelas, madres, tías, primas, cuñadas y suegras. Yo primero solo amarraba mantas, después empecé a tejer en el telar de mi mamá. Ella es una profesora firme y muy estricta, exigente. Después me fui a trabajar a Santiago como asesora del hogar. Tuve unos patrones súper buenos con quienes estuve 7 años en su casa de Huechuraba. Aún tengo comunicación con ellos”.

Cuando decidió volver a Ancapulli, conoció en una discoteca de Cholchol a Víctor Santander Nain, “un huinca de Galvarino, del campo, que es como un mapuche más”, dice, risueña. En el living de la amplia casa que le ha construido sobre un terreno que le regaló a ella su padre, destacan dos tejidos a telar, con la cruz andina en negro sobre fondo blanco. “Pocas artesanas tienen obras propias en sus casas; todo lo venden. Yo quise tener algo de mi trabajo colgado a la vista, para mostrarlo a las visitas. Quedarme con algo mío y lucirlo en mi casa incluso para generar encargos. Yo tejo tupido y apretado, así me gusta. Me enorgullece decir que cuando yo pongo mis tejidos al trasluz, el sol no traspasa la tela. Eso porque no mezquino la lana”.

Magaly siente que el tejido es lo suyo, lo que le gusta hacer y la herramienta que le permite contar con plata propia en el banco. Ahora sueña con tener un taller cerca del aramo redondo, para no ensuciar la casa con el talco que usan en el tejido de las mantas trarikan y poder trabajar tranquila.



*A la derecha,
manta tejida
por Magaly
Quintriqueo.*

MN

MUSEO NACIONAL

HN

DE HISTORIA NATURAL



COLECCIÓN TEXTIL

Selección de antiguas mantas y trariwe,
fuente de inspiración de las 17 artesanas
protagonistas de este libro.



Faja

*Zona de Temuco,
Región de la
Araucanía.
Comprado por el
MNHN en 1928.*

(PÁGINA DERECHA)

Manta

*Temuco, Región
de la Araucanía.
Comprado por el
MNHN en 1937.*





Manta
*Zona de Temuco,
Región de la
Araucanía.
Comprado por el
MNHN en 1928.*



IZQUIERDA
Faja
*Boroa, Región de la
Araucanía.
Comprado por el
MNHN en 1932.*

DERECHA
Faja
*Zona de Temuco,
Región de la
Araucanía.
Comprado por el
MNHN en 1928.*



ARRIBA
Manta
*Zona de Temuco,
Región de la
Araucanía.
Comprado por el
MNHN en 1928.*

ABAJO
Manta
*Zona de Temuco,
Región de la
Araucanía.
Comprado por el
MNHN en 1928.*



Faja
*Reyehuico,
Región de los Ríos.
Donada al MNHN
en 1973.*



Manta

*Zona de Temuco,
Región de la
Araucanía.
Comprado por el
MNHN en 1928.*



Manta

*Zona de Temuco,
Región de la
Araucanía.
Comprado por el
MNHN en 1928.*



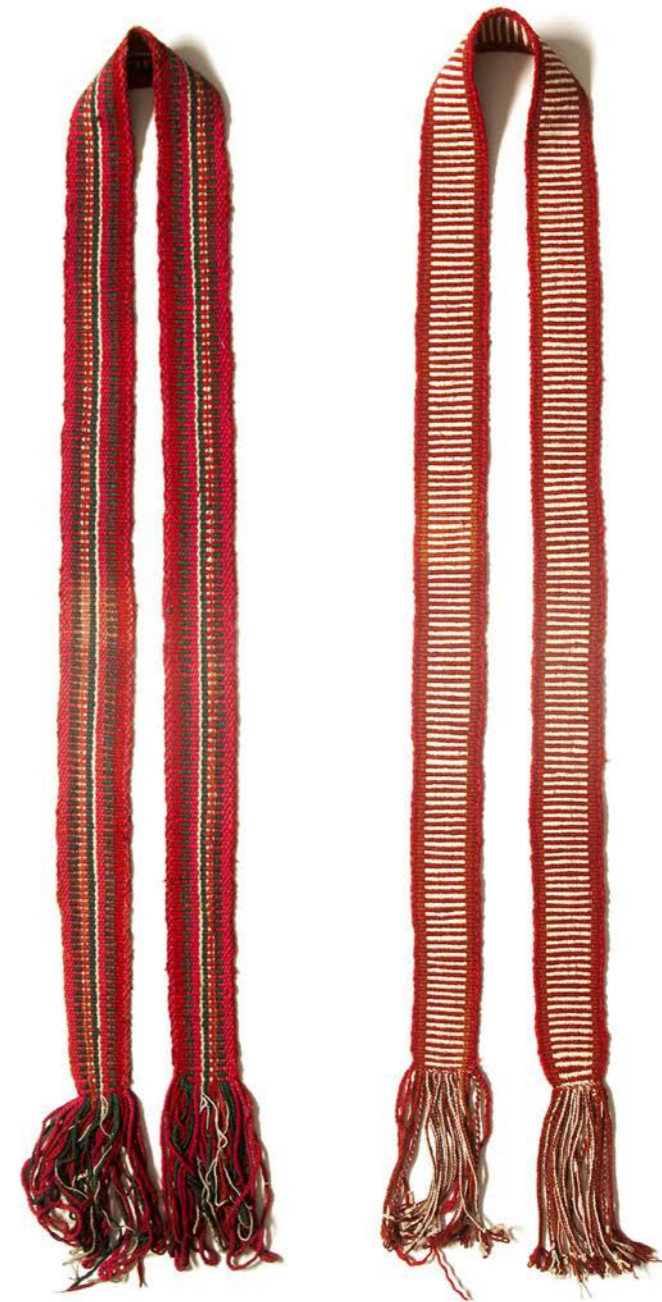
Faja
Araucanía.
Comprado por el
MNHN en 1869.



Manta
Zona de Temuco,
Región de la
Araucanía.
Comprado por el
MNHN en 1928.



Manta
Zona de Temuco,
Región de la
Araucanía.
Comprado por el
MNHN en 1928.



IZQUIERDA
Faja
Zona de Temuco,
Región de la
Araucanía.
Comprado por el
MNHN en 1928.

DERECHA
Faja
Zona de Temuco,
Región de la
Araucanía.
Comprado por el
MNHN en 1928.



Faja.
*Toltén, Región de la
Araucanía.
Comprado por el
MNHN en 1937.*



Manta
*Zona de Temuco,
Región de la
Araucanía.
Comprado por el
MNHN en 1928.*



IZQUIERDA

Faja
*Zona de Temuco,
Región de la
Araucanía.
Comprado por el
MNHN en 1928.*

DERECHA

Faja
*Zona de Temuco,
Región de la
Araucanía.
Comprado por el
MNHN en 1928.*



ARRIBA

Manta
*Calafquén,
Región de los Ríos.
Donado al MNHN
en 1916.*



ABAJO

Manta
*Zona de Temuco,
Región de la
Araucanía.
Comprado por el
MNHN en 1928.*



Pelero.
*Zona de Temuco,
Región de la
Araucanía.
Comprado por el
MNHN en 1928.*



Manta
*Zona de Temuco,
Región de la
Araucanía.
Comprado por el
MNHN en 1928.*



Este libro se terminó de imprimir
en el mes de noviembre de 2019,
en los talleres de A Impresores,
ubicados en Av. Gladys
Marín 6920 Estación Central,
Santiago de Chile.



“DE DIFERENTE MANERA, TANTO EN LAS MANOS DE LAS ARTESANAS COMO EN LAS NUESTRAS, RECAE LA RESPONSABILIDAD DEL FUTURO DE LA TRADICIÓN TEXTIL MAPUCHE, POR ESO ES TAN IMPORTANTE QUE LA CONOZCAMOS, VALOREMOS Y –POR QUÉ NO DECIRLO– LA ADQUIRAMOS, PAGANDO SU TREMENDO VALOR DE MANERA JUSTA, Y LA PROMOVAMOS PARA QUE NO NOS QUEDEMOS SIN ARTESANOS DE VERDAD”

CLAUDIA HURTADO, directora ejecutiva
de Artesanías de Chile



Chile
en marcha

FUNDACIÓN
ARTESANÍAS DE CHILE